



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Estudios Superiores Iztacala

*Competencias Parentales,
Buentrato e Infancia Feliz*

Tesina

Que para obtener el título de
Licenciada en Psicología

Presenta

Angélica Téllez Gómez

Asesor

Lic. Jorge Montoya Avecías

Dictaminadores

Lic. Isaac Pérez Zamora

Mtra. Ángela María Hermosillo García

*Como parte del 6º Seminario de titulación:
Psicología en Crisis, Emergencias y Desastres*

Tlalnepantla, Edo. de México

Los Reyes Iztacala, Septiembre de 2006





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Si el Supremo Creador te da un hijo,
¡tiembla!
Por el sagrado depósito que te confiere.*

*Haz que ese hijo
hasta los diez años, te admire;
hasta los veinte te ame.*

*Sé para ese hijo
hasta los diez años, su padre;
hasta los veinte, su maestro;
y, hasta la muerte, su amigo.*

Angélica Téllez Gómez

kelly_sico @ yahoo.com.mx

Agradecimientos

A Dios...

*Por haberme permitido estar en éste mundo y poseer
una familia como la que tengo.*

A Nuestra Madre Santísima Maria Del Rosario...

Por ser la luz que ilumina mi vida.

A Mis Padres...

Vicente Téllez Hernández y Juana Gómez López

*Por haberme dado la oportunidad de vivir y ser
siempre un ejemplo de constancia, lucha y esfuerzo.
Por ser unas personas resilientes y sobre todo unos
padres competentes.*

A Mí Familia...

*Por ser un pilar fundamental para llegar hasta donde
me encuentro, ya que sin su apoyo, aliento y
comprensión el camino hubiera sido muy áspero.*

A Mi Asesor Lic. Jorge Montoya Avecías...

*Gracias, por su paciencia, apoyo, dedicación y ser el
guía de este logro.*

Reconocimientos

A Mis Escuelas...

*La Primaria 22-379. Profesor Enrique Vázquez Islas.
La Secundaria 147. Otilio Eduardo Montaña.
Al Colegio de Bachilleres plantel 1 El Rosario.
Gracias por albergarme en sus instalaciones.*

A Mi Alma Mater...

*Facultad de Estudios Superiores Iztacala,
Quien me abrió las puertas y me recibió con los brazos
abiertos, para comenzar así un sueño que hoy culmina. ¡Mil
Gracias!*

Índice

	<i>Página</i>
Agradecimientos.....	3
Reconocimientos.....	4
Resumen.....	7
Introducción.....	8
Capítulo 1. Estrategias de crianza	
1.1 Competencias parentales.....	11
1.1.1 Maternalidad.....	14
1.1.2 Paternalidad.....	16
1.2. El maltrato como estilo de crianza.....	19
1.2.1 Causas del maltrato infantil.....	21
1.3. Tipos de maltrato.....	31
1.3.1 Conclusión.....	35
Capítulo 2. Los buenos tratos en la infancia	
2.1. Padres competentes.....	37
2.2. El buen trato hacia la infancia.....	47
2.3. Resiliencia.....	52
2.3.1 Conclusión.....	61

Capítulo 3. Propuesta de etapas de desarrollo de los hijos de padres competentes

3. 1. Justificación.....	63
3. 2. Sugerencias.....	65
3. 3. Etapas.....	66
3. 4. Comentarios finales.....	81
Conclusiones.....	82
Bibliohemerografía.....	84

Resumen

La presente tesina tiene como finalidad dar a conocer la importancia que juegan las competencias parentales en la tarea de ser padres. Ya que estas les permiten otorgar a sus niños contextos familiares en los cuales el maltrato no se encuentra presente. Pero cuando los padres no poseen las capacidades necesarias para poder criar a un hijo, se presentan complicaciones y alteraciones en las relaciones parentales, las cuales sin duda repercutirán en el desarrollo del niño. En el primer capítulo de esta tesina, se definirá lo que son las competencias parentales así como la importancia de estas en el desempeño de la función paternal, posteriormente se abarcará el maltrato como un estilo de crianza, además de los tipos de maltrato que principalmente los padres ejercen sobre sus niños. En el segundo capítulo se retomará las características que poseen los padres competentes, así como las capacidades que desarrollan los hijos que son sujetos por los padres a buenos tratos, también se retomará lo que es la resiliencia y las características de esta. El tercer capítulo será compuesto de una propuesta de etapas de desarrollo que ayuden a los padres a ser dadores de un buen trato a la infancia. La importancia del desarrollo de las competencias parentales, reside en que estas les ayudarán a los padres a desempeñar su rol social de manera más consciente de sí mismos y de sus hijos, permitiendo erradicar la creencia de que solo a través de los malos tratos se puede corregir y educar a los hijos, y de esta manera comenzar una formación distinta de niños, y futuros adultos que puedan asegurar una mejor calidad de vida tanto para ellos como para quienes los rodean.

Introducción

Debido a sus condiciones tanto físicas como psicológicas, los niños son uno de los grupos más vulnerables en la sociedad para que sean blanco de maltrato en cualquiera de sus modalidades.

Las cifras actuales, demuestran que el maltrato hacia el menor ha ido en aumento con el pasar de los años, y de igual manera esto también se hace patente a través de los mismos medios de comunicación y de los organismos los cuales son los encargados de velar por el bienestar de los niños como es el caso de la UNICEF (2006), quien centra su actividad en el establecimiento de programas para proporcionar bienestar a la población infantil.

A lo largo de la historia han existido casos de maltrato en todo tipo de culturas. Los niños son seres humanos que se encuentran en desventaja, es decir en inferioridad de poder con relación a aquellos que les violentan o maltratan (Barudy y Dantagnan, 2005).

El término maltrato infantil consta de una amplia gama de acciones que causan daño e incluso puede llegar a ser irreparable en el niño. El maltrato en sus muy diversas formas provoca sin duda un impacto trascendental que influirá en los sentimientos y creencias, así como en las actitudes que este presente frente a la vida (Craig, 2001).

El maltrato a los niños es un problema más amplio de lo que se piensa, ya que no solo se encuentra entre la relación padres-hijos, este aparece como un punto que cuestiona la estructura social y familiar y las relaciones interpersonales que se desarrollan en su interior, también

“confronta las ideas del entorno social sobre los niños, su educación y sobre las actitudes de la sociedad hacia la familia y las relaciones entre sus miembros” (Gómez, 1998, pág. 158-159).

Con frecuencia el abuso de los padres o tutores hacia los niños se debe a la falta de competencia en el cuidado de los niños, ya que debido a sus propias carencias físicas, emocionales, a si como afectivas, que experimentaron en su niñez, algunos consideran que el trato que recibieron es normal y no conocen otra forma de poder guiar a sus hijos, tratando ellos con esto de dirigirlos de la manera que consideran es la adecuada, algunas veces dejándolos solos sin ninguna guía que los oriente, y en otros casos volviéndose demasiado autoritarios y poco flexibles.

Siendo así que los padres bien tratantes poseen las competencias adecuadas para poder responder a las necesidades fundamentales de sus hijos como lo son: la alimentación, cuidados corporales, protección, necesidades cognitivas, emocionales, socioculturales, etc.

Con lo anterior se crea un ambiente de seguridad que les demuestra a los hijos su aceptación y empatía hacia ellos, proporcionándoles seguridad, y confianza de poder expresar sus sentimientos, y saber que cuentan con el apoyo de sus padres para poder enfrentar las dificultades que se le presenten, además de hacerles conocer y respetar las reglas que existen dentro de la sociedad en que se desenvuelven. Volviéndose con ello los padres responsables de la educación de sus hijos otorgándoles además de los recursos económicos para sobrevivir, el amor y tiempo de calidad para que tengan un desarrollo emocional y psicológico sano.

CAPÍTULO I

Estrategias de Crianza

*“Los formadores fundamentales de los seres humanos
son los padres”
Angélica Téllez*

Es en el ámbito familiar donde los seres humanos realizan su aprendizaje básico, de aquí que la familia se constituye hoy y siempre en el factor esencial de la calidad educativa. En esta las experiencias adquiridas en las primeras etapas de la existencia humana impactarán de manera importante el resto de la vida del niño.

Es innegable que la mayoría de los padres tienen la intención de legar lo mejor de sí mismos a sus hijos, pero también es cierto que a los hijos les toca compartir el destino de los padres (sobre todo cuando son pequeños).

1.1. Competencias Parentales

Las actitudes, valores, y conductas de los padres influyen sin duda en el desarrollo de los hijos. El comportamiento y las actitudes de los padres hacia los hijos es muy variada y abarca desde la educación más estricta hasta la extrema permisividad, de la calidez a la hostilidad, o bien de la implicación ansiosa a la más serena despreocupación, dichas variaciones originan muy distintos tipos de relaciones familiares, lo que repercutirá de manera importante en el desarrollo del individuo.

Las competencias parentales para Barudy y Dantagnan (2005, pág. 77- 80) *“se definen como las capacidades prácticas de los padres para cuidar, proteger y educar a sus hijos, y asegurarles un desarrollo sano”*. Esto supone las capacidades ideales con las que los padres deben contar, pero es necesario destacar que estas capacidades son el resultado de procesos complejos donde se mezclan las posibilidades personales innatas, marcadas por factores hereditarios, con los procesos de aprendizaje influidos por la cultura y las experiencias de buen trato o maltrato que la futura madre o padre hallan conocido en sus historias familiares, sobre todo en las etapas de infancia y adolescencia.

Los padres bien tratantes que fueron sujetos de dinámicas sociofamiliares sanas, han aprendido a responder a las necesidades fundamentales de sus hijos e hijas, teniendo con esto la capacidad de satisfacer necesidades múltiples y evolutivas, las cuales son cambiantes con el tiempo.

El aspecto principal de *la función parental*, involucra que los padres sean capaces de poder satisfacer las múltiples necesidades de los hijos, como son: la alimentación, cuidados corporales, protección, necesidades cognitivas, emocionales, socioculturales, etc. Señalando que debido a que dichas necesidades son cambiantes, los padres deben poseer una capacidad de plasticidad estructura (En: Barudy y Dantagnan, 2005, pág. 80), la cual les permita adaptarse a los cambios de las necesidades de sus hijos. Por ejemplo el cuidado que requiere un bebé es diferente al requerido por un niño de edad escolar, puesto que un bebé es totalmente dependiente de sus padres para satisfacer sus necesidades más básicas, como lo son la alimentación, y en el escolar aunque necesita de sus padres, ya cuenta con cierto grado de independencia.

Cuando son satisfechas las necesidades básicas del niño señala Yllingworth (2000), durante sus primeras semanas y meses de vida tiene más posibilidades de crecer como una persona feliz que cuando lo frustran y vive infeliz.

Ahora se cree que los problemas psicológicos del adulto tuvieron su origen en los inicios de su vida (sus estados de ansiedad, agresividad, infelicidad), son las semillas de las perturbaciones de la personalidad y de los problemas sociales, de delincuencia juvenil, divorcios, ilegitimidad, egoísmo, deshonestidad y guerras, se sembraron en los tres primeros o cuatro años de vida del niño.

Yllingworth (op.cit.), señala que el manejo de los niños por parte de los padres debe ser *“elástico y adaptable”* a las necesidades individuales de estos, los padres deben entender que las diferencias de personalidad

son inevitables en cada niño y que el manejo de los hijos debe ser flexible, de acuerdo con las circunstancias que se presenta.

El rol que deben desempeñar los padres, resulta muy complejo puesto que no existen horarios establecidos para esto, si no que este, debe ser desempeñado durante las 24 horas del día, y durante todo el año, además de que se debe tomar en cuenta que cada hijo es distinto, por lo cual, los padres deben desenvolverse en este rol de manera diferente de acuerdo con cada niño, así que el trato que se de al infante debe ir cambiando conforme al desarrollo del mismo. La principal complejidad de la tarea de ser padres recae en el objetivo de desarrollar personas, biológica, psicológica y socialmente sanas, ya que ellos son los responsables del desarrollo de los hijos hasta que llegan a la edad adulta.

Como se ha visto las competencias parentales son una determinante para el desarrollo de las personas, desde los primeros años de la infancia hasta la edad adulta. Es así que los estilos de crianza que predominaron en el hogar de los ahora padres, en frecuentes ocasiones se pueden repetir, en los hijos, sirviendo esto de patrón o bien presentándose un estilo de crianza radicalmente diferente, ya sean los buenos tratos o bien los malos tratos.

Para la crianza de hijos sanos el desempeño de los buenos tratos por parte de los padres es indispensable, ya que estos proporcionan a quienes los reciben una salud física y mental equilibrada, dotando a los niños de herramientas necesarias para enfrentarse a las adversidades con las que deberán lidiar a lo largo de su vida.

Cabe señalar que, a partir de la revolución industrial de forma muy marcada los papeles de padre y madre comenzaron a diferenciarse. Como señala Montero (2001), al padre se le asigna el rol de proveedor familiar, es quien proporciona los recursos económicos para la satisfacción de las necesidades de la familia. La madre ha sido la responsable de la crianza, la encargada de la alimentación, los cuidados, de proporcionarles amor y de introducirlos al mundo social.

El hablar de competencias parentales, nos remite a pensar en lo que éstas involucran, encontrando así a la maternalidad y paternalidad como los elementos claves en la práctica de las mismas, como se verá más adelante.

1.1.1 Maternalidad

Todas las etapas por las que atraviesa el ser humano son importantes para su desarrollo, pero principalmente la maternalidad y la paternalidad son etapas de gran relevancia, pues de estas depende el nacimiento y formación de un nuevo ser, que dependiendo de las circunstancias y tratos que reciba, tendrá repercusión en su vida futura ya sea positiva o negativamente.

La maternalidad, es el período por el que atraviesa la mujer, va desde la concepción del hijo, al nacimiento y se prolonga hasta los años posteriores a este, implica los cuidados y atenciones que un hijo requiere para su existencia. Hasta que este sea independiente de la madre. La mayoría de las madres se prepara poco a poco para realizar su labor de maternidad durante los últimos meses de embarazo, desarrollando una cualidad que Winnicott (En: Loredo, 1994) ha denominado *“preocupación*

ANGÉLICA TÉLLEZ GÓMEZ

maternal primaria” y que implica un proceso de identificación plena con el niño que nacerá, al nacer este, la madre tiene que poner a andar todo ese proceso interno que no requiere aprendizaje ni palabras, ya que como dice este mismo autor, las cosas más importante que hace una madre con un niño no se pueden llevar a cabo con palabras.

El nacimiento del niño pone fin al embarazo y la madre está entonces fisiológica y emocionalmente preparada para la crianza. La madre instintivamente desea cuidar al niño y estar en contacto corporal con él. La maternidad trae consigo una reorientación de las actitudes de la madre, quien proyecta en el hijo sus expectativas y sus esperanzas, jugando un papel significativo en la madurez fisiológica y psicológica de la mujer.

Una madre sensible se adaptará y empezará a regular su conducta de modo tal que se ajuste a la de su hijo, y comenzará sus funciones de contenedora e integradora de la personalidad del niño, proporcionándole los estímulos y las gratificaciones suficientes para que se sienta protegido de los peligros externos. *“La calidad y cantidad de contacto materno se tornan básicas, tanto para la integración del niño, como para el inicio de la diferenciación de lo placentero y de lo doloroso”*, iniciando así el reconocimiento de su cuerpo como estimulante y valioso porque mamá lo cuida y lo acaricia, o bien como excitable y molesto por el dolor del descuido o de los golpes, pellizcos o maltrato en general (De La fuente, 2003).

El sentimiento de una madre por su hijo y la manera como se lo exprese estarán profundamente influidos por sus experiencias personales durante la infancia y la relación que haya tenido con sus

propios padres. Cuando el vínculo madre-hijo es satisfactorio; con cuidados cariñosos, sensibles y constantes, sin graves y marcadas oscilaciones dará como resultado un niño con una personalidad seguro de sí mismo, con un adecuado cuidado de su integridad corporal, audaz, en sus intentos de independencia, crecimiento y capaz de acercarse a los otros.

1.1.2 Paternalidad

Los hombres no están preparados para la paternidad, por la activación de una necesidad instintiva. El sentimiento paternal está muy influido por factores culturales; sin embargo, el desarrollo de la paternidad tiene aspectos similares a los de la mujer. El padre tiende también a identificarse con el niño y a asumir responsabilidades. De La fuente (2003, pág.139), señala que *“muchos hombres sobrecompensan sus necesidades de dependencia comportándose con la familia en forma demandante y despótica”*.

Aunque los roles sexuales están cambiando, los padres, debido a que es probable que se involucren más que las madres en la sociedad externa, son los principales transmisores de las reglas básicas de la sociedad hacia sus hijos. Con base en este hecho, tienen una profunda influencia en la manera en que sus hijos viven. Las madres aún predominan como el progenitor más cercano, física, emocionalmente y formativo en la socialización del niño, pero los padres, en especial los jóvenes, llevan cada vez más, por lo menos la mitad de las responsabilidades de la paternidad.

El rol del padre ha cambiado de manera drástica en el último siglo, en parte como resultado del movimiento de un sector de la población, de un ambiente rural a un estilo de vida más urbano y causa de los roles cambiantes de hombres y mujeres en la sociedad contemporánea.

En el ambiente rural, el rol del padre implicaba ser la cabeza de la familia, actuaba como el director principal del funcionamiento social y económico de esta, pues aquí el padre era visto como el proveedor de los recursos materiales para sustentar a la familia.

En sociedades menos complejas un padre tenía una importancia especial, porque servía como un modelo directo del rol para su hijo. En estas sociedades el padre podía ayudar a su hijo mostrándole las formas específicas para ganarse la vida y en respuesta el hijo, en algún momento, se convertía en un contribuyente significativo para su padre y la familia.

En la sociedad contemporánea debido a la complicada división del trabajo, *“hay una mayor separación entre padres e hijos ya que estos tienen menos que compartir entre sí en el proceso vital cotidiano”* (Yablonsky, 1993, pág. 10). En razón de estos cambios vitales, cada vez se vuelve más importante fomentar la relación emocional entre padres e hijos. Los padres necesitan desprenderse de su fachada de machos sin emociones al actuar el papel de padres y se deben convertir en padres amorosos que demuestran abiertamente sus sentimientos profundos ante sus hijos.

Otro factor que ha afectado los roles tradicionales de padres y madres en los años recientes, es el movimiento hacia una mayor

igualdad entre hombres y mujeres. Los efectos de este movimiento social se han sentido en el hogar y en la sociedad en su conjunto. El movimiento ha tenido como resultado que más mujeres ingresen, obtengan estatus y poder en ocupaciones que anteriormente eran de dominio exclusivo de los hombres.

A medida que más mujeres pasan del hogar a las fuerzas laborales se requieren que los padres llenen el vacío asumiendo roles y funciones que antes dominaban las esposas en el rol tradicional de madres. Existe cada vez mayor evidencia de que los hombres pueden funcionar en un rol paterno de manera tan eficiente que las mujeres en su rol tradicional de madres (Yablonsky, 1993).

El desarrollo de los hijos será más pleno y sano en la medida en que ambos padres se reconozcan así mismos humanizadores de los principios y valores de los arquetipos del padre y de la madre, indistintamente, con esto facilitaran una *“intervención dialéctica”* entre los papeles de padre y madre en la conciencia de sus hijos y que en un futuro cercano (Meneghellor y Martínez, 2000), les posibilitara mantener relaciones con otros más fecundas y satisfactorias.

Es así que podemos decir que los mejores padres como señala Rego (1998), *“son los que conservan su espontaneidad, sienten la necesidad del niño y dan las respuestas adecuadas siendo siempre receptivos a las demandas del niño”*.

Tanto la maternalidad como la paternalidad poseen una fuerte carga de responsabilidad en el desarrollo del niño, pues como se ha visto el ser padres debe implicar una comunicación constante, no solo es el

engendrar, si no también el proporcionar durante años a los hijos todo lo necesario para su manutención, no solo en lo material, si no también en lo afectivo como lo es la atención y cuidados, tiempo, desvelos, amor, comprensión, entre otros, para que de esta manera puedan desarrollarse como individuos plenos y saludables capaces de integrarse a una sociedad en la cual tenga efectos su calidad humana.

Los padres que carecen de conocimientos sobre lo que es y conlleva los cuidados y crianza de un hijo, se enfrentan ante el nacimiento de este con un problema tangible, pues el desconocimiento sobre como responder ante las demandas del niño, vuelve a estos más susceptibles de ser proveedores de malos tratos hacia los hijos, determinando características en los niños como lo son la personalidad, su rol y desarrollo dentro de la sociedad como se verá a continuación.

1.2. El maltrato como estilo de crianza

Es innegable la existencia del abuso infantil a través de la historia del hombre ya desde tiempos bíblicos se ha hecho mención de este, en el transcurso de los tiempos, la creencia de que los niños eran propiedad de los padres permitió que actos inconcebibles de salvajismo, explotación y mutilación, contra los niños quedaran sin castigo.

A lo largo de la historia, el acto más frecuente de violencia contra los niños, ha sido el infanticidio que según Goldman (2001), era tolerado por la sociedad, e incluso se aceptaba como un modo de control de la población, sacrificios a los dioses o simplemente de librarse de un niño no deseado.

También podemos encontrar relatos que hacen referencia a los procedimientos correctivos aplicados a pequeños incumplidos, “en grupos indígenas de origen otomí del suroeste de México, que consistían en hacerlos recibir y respirar el humo de chiles tostados, o bien hincarlos sobre grava sosteniendo en lo alto una piedra grande, o colgarlos de los cabellos y azotarlos”. Aún en épocas recientes, prevalece el concepto de que las medidas disciplinarias y educativas aplicadas a niños flojos y desobedientes deben ser enérgicas y crueles; es usual el jalón de orejas o de cabellos, los azotones con varas o fuetes, el obligarlos a permanecer hincados en un rincón, etc. Kempe (1961), define el síndrome del niño golpeado como el uso de la fuerza física en forma intencional que se dirige a herir, lesionar o destruir a un niño, por parte de sus padres o personas sustitutas (Valenzuela, 1993).

El Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, define el problema del maltrato al menor de la siguiente manera: los niños maltratados son los menores de edad que enfrentan y sufren, ocasional o habitualmente, actos de violencia física y emocional, o abuso sexual, o bien ambos, lo que comprende desde injuria verbal, hasta lesiones que causen daños de menor o mayor grado, o bien la muerte, por omisión, negligencia o acción directa pero siempre en forma intencional, no accidental, por padres tutores o personas responsables.

Por su parte Antonio Ruiz Taviel, en el libro de Jaime Marcovich (1990) “El maltrato de los niños”, propone la siguiente definición: “es el conjunto de lesiones orgánicas, psíquicas o ambas que se presentan en un menor de edad, por acción directa, no accidental, de un mayor de edad, en uso y abuso de condición de superioridad física, psíquica y social” (En: Valenzuela, 1993).

El maltrato infantil es considerado por Rodrigo y Palacios (1998), como toda acción u omisión no accidental que impide o pone en peligro la seguridad de los menores de 18 años en la satisfacción de sus necesidades físicas y psicológicas.

En resumen el maltrato infantil es aquel que los menores de edad sufren ocasional o habitualmente y de forma intencional no accidental como actos de violencia o agresión física, emocional o sexual por parte de los padres, tutores u otras personas mayores, el cual tendrá una repercusión significativa en la vida del niño, tanto a corto como a largo plazo, dificultando el desarrollo de este como una persona feliz.

1.2.1 Causas del maltrato infantil

Durante años, el maltrato infantil y sus causas han sido objeto de estudio para la investigación en el campo de la psicología, pues el conocimiento de este tema supone una visión más objetiva de lo que es y representa este problema, ya que a primera vista el maltrato infantil para algunas personas resulta algo común pues desde esta perspectiva los niños son vistos como algo ajeno a los valores y derechos propios de cualquier persona, aunque esto es una visión errónea ha permitido la actual prevalencia de los malos tratos hacia los menores y en cierta manera la obstaculización del desarrollo de una infancia feliz.

El maltrato puede ser generado por diversas causas como lo son: el contexto familiar, el temperamento del niño y las características de los padres como se describirá en seguida:

El contexto familiar, los casos de maltrato infantil se pueden presentar en todos los ámbitos sociales, pero es en la familia donde ocurren la gran parte de los fenómenos que generalmente se incluyen en el concepto de maltrato infantil.

Es cierto que hay tipos de maltratos y conductas maltratantes que se dan fuera del contexto familiar (como ocurre, por ejemplo, con el maltrato institucional), aunque las que más afectan a una mayor proporción de niños y niñas, ocurren en el interior de la familia, sea esta la nuclear o la extensa, es precisamente ese carácter de fenómeno intrafamiliar lo que hace que el maltrato de niños y niñas produzca estupor, pues se manifiesta por conductas que están en las antípodas de las que normalmente se desarrollan en el interior de la familia, como: conductas de apego y afiliación de protección, de cuidado, de expresión de afecto, etc. Implica, pues, el maltrato una subversión de los que se consideran los lazos y nexos que tomamos por más naturales en las relaciones padres-hijos, o, más genéricamente, en las relaciones adulto-niño.

Sin duda, para que lo anterior ocurra, deben ponerse en marcha los poderosos mecanismos que vayan a contracorriente de lo que conviene a la especie el cuidado, la protección de las crías, lo que la sociedad espera y alienta en los padres como lo son la preocupación por los hijos, atención a sus necesidades, expresión de afecto, etc (Rodrigo y Palacios, 1998).

Es así que muchos expertos creen que la forma como se estructuran la cultura privada, incluyendo sus propias costumbres, sus estilos para enfrentarse a la realidad y los valores en el sistema de cada

familia pueden ser decisivos para permitir que aparezcan los malos tratos (Berger, 1997). Por ejemplo, la rutina cotidiana en la mayoría de las familias es flexible en cierto sentido, de forma que los adultos y los niños mayores pueden hacer ajustes menores en sus horarios y en los papeles que tienen asignados según lo exige cada situación.

Sin embargo, las rutinas de las familias en las que se dan malos tratos se encuentran normalmente en uno de estos dos extremos. O bien son tan rígidas en sus horarios y exigencias que nadie puede dar la talla o son tan caóticos o desorganizados que nadie está seguro de lo que se espera de cada uno o en que circunstancias uno puede contar con recibir el aprecio, el ánimo, la protección o incluso los alimentos y una cama limpia.

En estos contextos la hostilidad y el abandono son inevitables. En donde hay malos tratos, normalmente se da la espalda al apoyo social y los problemas pueden empeorar de forma especial si a esto se añade un código particular, que supone el aislamiento y la desconfianza ante todos los forasteros.

Si, en un momento dado las funciones de la familia explotan de manera violenta, los niños se encuentran atrapados dentro de un sistema familiar en el que la explotación, la complicidad, el secretismo, y el auto-sacrificio forman el núcleo de sistemas de valores de la misma.

Otro elemento que forma parte del sistema familiar y que exacerba los malos tratos, está constituido por las relaciones disfuncionales entre los miembros que no forman parte de la pareja formada, por el que perpetra los malos tratos y la víctima de los mismos. Hay más

probabilidad de que se maltrate a los niños en un hogar en que la relación entre los adultos residentes especialmente entre la madre y el padre, o entre los abuelos o niños es o extremadamente hostil o de abandono emocional, o las dos cosas a la vez.

Otro factor que afecta la intensidad de las relaciones familiares disfuncionales es el tamaño de la familia y la proporción entre los adultos y niños, cuando hay mas de tres niños pequeños, los malos tratos son más comunes, debido a que como menciona Papalia (2001, pág. 323):

“Cada nuevo hijo supone menos dinero, espacio y atención para los otros miembros de la familia y una mayor tensión para los padres estos efectos son más pronunciados en las familias uniparentales, porque es aún más difícil que un solo adulto pueda satisfacer todas las necesidades de varios niños”.

Contexto cultural y social, según las Naciones Unidas (En: Staseen, 1997), la preocupación y la protección general a favor del bienestar de los niños varía considerablemente en las diferentes partes del mundo. Incluso en países de la misma zona del mundo con ingresos parecidos muestran diferencias importantes en las medidas que toman para garantizar la salud general de los niños, su educación y su bienestar global. Además, los cuidados cotidianos están influidos por una amplia serie de valores culturales.

Para entender en su contexto los malos tratos a los niños, hay que empezar considerando los valores sociales. Se debe tener presente que cada sociedad tiene costumbres y objetivos respecto a la forma de criar a los niños, lo que en algún sitio significa como malos tratos, en otro lugar

no se considera así. Un ejemplo de esto lo presenta Berger (1997), al señalar que el papel de los valores sociales en los malos tratos a los niños queda dramáticamente subrayado por los diferentes índices de daños infantiles entre las poblaciones polinesias, que viven en un entorno tradicional, las islas del Pacífico, y los que han emigrando a Nueva Zelanda, entre los primeros, prácticamente no existen los malos tratos, ya que aquí lo niños son merecedores de un alto respeto, los cuidan muchos adultos, se consideran como no susceptibles de recibir enseñanza hasta que llegan a la edad de dos años, por lo menos, y los adultos rara vez expresan su enfado mediante la agresión física.

Sin embargo, cuando los polinesios emigraron a Nueva Zelanda el índice de malos tratos a los niños se disparó, superando con mucho el índice de los neozelandeses de origen europeo. Las exigencias de un nuevo estilo de vida, diseñada más bien para una familia nuclear y no para una familia extensa, hace imposible que los padres continúen con su permisividad relajada, con la autoridad comunal y con la atención infantil compartida e informal. Como sucede con cada grupo de inmigrantes que llegan a una cultura radicalmente diferente, estos padres polinesios experimentan una tensión considerable hasta que desarrollan nuevas estrategias viables para enfrentarse a las nuevas exigencias, como aprender a orientar la conducta de sus hijos sin tener que recurrir al castigo físico, o aprender a sustituir a los cuidadores que se encontraban gratuitamente disponibles en su antigua sociedad, o limitar el tamaño de la familia de tal forma que los niños no se conviertan en una carga financiera abrumadora. Estas tensiones contextuales llevan a menudo a una pérdida de perspectiva cultural que resulta en malos tratos.

El castigo físico administrado tanto por las madres como por los padres puede ser algo especialmente común y aceptado en culturas en donde se supone que los hombres deben ser agresivos y dominantes, en donde el papel del padre es el de un tirano autoritario, y en donde los estilos de crianza suponen un alto nivel de control y de falta de cariño.

Un estilo primitivo de crianza en estas culturas puede tener poca relación con el valor general que se asigna a los niños, en estas culturas, los padres crían a los hijos para que aprendan el código de conducta y de comportamiento que necesitarán saber para convertirse en adultos responsables (Berger, 1997).

Cabe señalar que antes de llegar a la conclusión de que una conducta o una costumbre concreta significan aplicar malos tratos, debemos tener en cuenta los valores sociales.

Las causas en las que se presenta el maltrato infantil son muy diversas.

Temperamento del niño: Kempe (1996), ha definido toda una serie de características en los niños, lo cual los vuelve más vulnerables para que sean objeto de agresión por parte de los padres o bien de los cuidadores:

Condición prematura: hace referencia a los niños prematuros, debido a que su estado físico requiere de atención especial, existe una limitación en el contacto de la madre con el hijo inmediatamente después del nacimiento, reduciendo de esta manera el vínculo afectivo entre la madre y el hijo, además de que requieren mayor atención y cuidados al ser dados de alta en el hospital, por lo que son percibidos como más

exigentes, el estado prematuro se ha asociado con madres que tuvieron escasos cuidados prenatales, madres adolescentes y/o madres solteras lo que agrava el problema.

Anomalías físicas: es el caso donde el niño presenta evidentes anomalías físicas, como por ejemplo labio y paladar hendido, los cuales dificultan su alimentación.

Discapacidades: niños que presentan alguna discapacidad ya sea visuales, auditivas, sensoriales, dificultades en el aprendizaje o impedimentos motores que no les permiten dar respuestas gratificantes a sus padres.

Difíciles de criar: hace referencia a niños difíciles de criar que no cumplen las expectativas de los padres, que lloran mucho o tienen una historia de conducta irritable o inquieta, con poca tolerancia a la contrariedad a la frustración o bien tienen una conducta rebelde e impulsiva.

En suma se trata de niños muy pequeños e indefensos. Aunque es cierto que los niños pueden ser maltratados a cualquier edad, las dos terceras partes de los niños maltratados son menores de tres años, y el 50% son menores de seis meses. Los niños que han nacido prematuramente tienen tres veces más probabilidad de que se les maltrate que los de término completo.

Los niños maltratados con frecuencia son diferentes a sus hermanos no maltratados, así como también a los niños de otras familias. Generalmente son niños “difíciles”, prematuros, de bajo peso al

nacer, enfermizos, hiperactivos o con problemas crónicos del desarrollo. Las razones por las cuales dichas características se encuentran con mayor frecuencia en el grupo de niños maltratados, podrían explicarse teniendo en cuenta que los niños más pequeños son más dependientes y por lo tanto interfieren más con las actividades de sus padres demandando más tiempo y energía. Igual puede decirse que son más “frustrantes”, pues tienen menos posibilidades de establecer intercambios sociales significativos con los adultos (Gómez, 1998).

Características de los padres: con frecuencia los padres que maltratan, además de haber sufrido maltratos cuando eran niños, también tuvieron privaciones emocionales en otros sentidos (Shaffer, 2000). Tienen una pobre imagen de sí mismos y se han considerado fracasados durante muchos años, por lo que pueden presentar una baja autoestima, lo cual les crea inseguridad ante sus hijos y a sus capacidades de controlarlos, haciéndoles reaccionar con violencia ante los problemas.

Generalmente se sienten aislados, no tienen a nadie para que los ayude en momentos difíciles, son desdichados en el matrimonio y tienen expectativas irreales de sus hijos. Debido a las grandes necesidades que sus propios padres nunca pudieron suplir y que ni sus cónyuges ni otros logran satisfacer, es frecuente que los padres recurran a sus hijos. Esperan que estos los cuiden como nadie lo ha hecho antes. Prácticamente invierten la relación padre-hijo porque no son capaces de pensar más que en sus propias necesidades, se olvidan de las de sus hijos y no son realistas en sus esperanzas y cuando los niños no pueden llenar las necesidades emocionales de los padres estos se vuelven contra ellos.

Se ha insistido en que los padres maltratadores con frecuencia sufrieron algún tipo de maltrato cuando niños y como señala Loredó (1994), al tocarles desempeñar el papel de padres repiten el patrón de comportamiento aprendido cuando niños.

Los padres que maltratan parecen menos capaces de controlar la tensión que otros adultos, en suma los padres abusivos principalmente las madres, a menudo son muy jóvenes con mucho estrés, con poco apoyo social y tienen una historia de abuso, creen que la disciplina coercitiva es más eficaz que el razonamiento, encuentran a la crianza de un hijo más desagradable y amenazadora para sí mismos que los padres que no son abusivos. Y con respecto a los bajos niveles educativos y socioeconómicos, Papalia (2001), hace mención que estos parecen hallarse en los padres maltratadores que en los no maltratantes.

Respecto a lo anterior, a menudo se considera que los niños representan tanto una carga financiera como personal. No es sorprendente que, sea cual sea la definición o el recuento de los malos tratos, se ven con mayor frecuencia en las familias con ingresos por debajo de la línea de pobreza. En estas familias, los niños evidentemente añaden más dificultades a la situación financiera y tienen más probabilidad de convertirse en víctimas por culpa de la economía.

Según Steele y Pollock, (En: Rego, 1998), el comportamiento de los padres maltratantes resaltan dos comportamientos básicos: espera y exigencia opuesta por parte del padre para el rendimiento del niño; falta de consideración por parte del padre para con las necesidades propias del pequeño, de sus capacidades limitadas, de su impotencia. En estos padres podemos señalar particularmente una noción aberrante de las

necesidades de las capacidades de comprensión de los niños; una vivencia de las actitudes de su hijo como una rebeldía dirigida contra ellos, el no reconocimiento de los deberes hacia sus progenitores, la no sumisión a la autoridad que ellos se han atribuido; una actitud educativa rígida, rigurosa y primitiva, que es de hecho una defensa contra el temor de que ellos se desvíen del camino recto.

Los padres generalmente educan a sus hijos de una forma no demasiado diferente a la de otros niños de la misma familia, barrio y cultura, también es importante tomar en cuenta que los padres juzgan sus propias pautas de crianza basándose en parte en la sabiduría y en la experiencia colectiva de sus compatriotas, pues vemos con frecuencia que los abuelos al igual que demás parientes dan opinión entorno a la manera en que se deben educar los hijos.

En torno a los malos tratos que los padres dan a sus hijos estos en muchos casos no van acompañados de culpabilidad porque se sienten en su derecho, pero en algunos las reacciones de agresividad características pueden ir acompañadas con un cierto desconcierto y sentimiento de falta. Este tipo de relaciones, y por consiguientes de conductas, está determinado no por la falta de amor de los padres hacia sus niños, sino como menciona Loredó (1994), por la inmadurez emocional que les impide concebir y contemplar a sus hijos como seres separados, ya que los ven como pantallas en donde proyectan y observan sus propios sentimientos desagradables, o bien como seres necesarios para satisfacer sus necesidades no resueltas de amor y paternidad.

En lo correspondiente al maltrato infantil por parte de los padres, este problema en la actualidad debe ser percibido como una problemática de tipo social, tomando en cuenta cuales son los tipos de maltratos que el niño esta recibiendo y cuales son los factores que están propiciando la presencia de este, para poder tener una percepción más completa que nos permita concebir la infancia desde otro enfoque donde el no maltrato en la vida del niño retome un mayor auge en la sociedad.

Para que exista una mayor comprensión de lo que es el fenómeno del maltrato infantil, es necesario conocer los tipos de maltrato a los que son sujetos los menores como se expondrá a continuación.

1.3 Tipos de maltrato

El maltrato infantil es un fenómeno que ocurre en su mayoría en privado y trata de mantenerse dentro de los confines de la familia en que ocurre, con frecuencia los diversos tipos de maltrato pueden aparecer como tipos aislados de maltrato o, muy frecuentemente en combinación, entre estos se encuentran los siguientes:

Daños físicos. Incluye todas aquellas acciones que realiza un ser humano sobre un niño y que le ocasionan dolor, las cuales a demás causan lesiones o deterioros permanentes en su desarrollo y funcionamiento global (Stassen, 1997). En este aspecto quedarían incluidas conductas golpeadoras de los padres como los daños deliberados y contundentes al cuerpo, como lo son: extremidades rotas y cuerpos golpeados, azotes, pellizcos, jalones de pelo, de orejas, baños con agua helada, ataduras (Loredo, 1994).

Maltrato psicológico o emocional. Garbarino y colaboradores lo han definido como el daño que propositivamente se hace contra las actitudes y habilidades de un niño, destruyendo deliberadamente su autoestima y la ecuanimidad de un niño, su capacidad de relacionarse, la habilidad para expresarse y sentir, deterioro en su personalidad, en su socialización y, en general en el desarrollo armónico de sus emociones y habilidades. Un tipo de daño psicológico es el de ataque verbal repetitivo que varía desde amenazas con enfados hasta una crítica incesante. Otra modalidad es la de aislamiento social, como encerrar a un niño pequeño en un cuarto oscuro, o mantener a un adolescente confinado en una casa y sin amigos (En: Loredó, 1994). En general, cualquier actividad aterradorante, aislante, degradante o humillante para el niño se puede convertir en abuso emocional.

Abuso sexual. Este consiste en hacer participar a un niño en actividades sexuales que no comprende, a las que no puede dar su consentimiento informado o que violentan los tabúes sexuales de la sociedad. Dada la inmadurez y la vulnerabilidad frente al poder de los adultos, los niños y los adolescentes se consideran incapaces de poder dar un consentimiento libre para participar en actividades sexuales. De esta forma, cualquier actividad erótica que excita a un adulto y estimula, avergüenza o confunde a un niño, tanto si el niño protesta como si no, y tanto si hay contacto genital como si no, puede constituirse un abuso sexual.

Resulta relevante señalar que la proporción de varones que abusan de los niños es de casi 95%. Los padres no suelen abusar sexualmente de las niñas pequeñas. Los padrastros como comentan Sedlack y Wolfe (1989) tienen cinco veces más probabilidades de

hacerlo que los padres biológicos. Y el abuso sexual es sobre todo sufrido por las niñas (En: Craig, 2001).

Casi todos los niños que sufren abusos sexuales pueden asociarse a numerosos problemas conductuales inespecíficos, como trastornos del sueño y la alimentación, disfunción escolar, fobias, depresión, conductas para llamar la atención, reacciones de conversión e intentos de suicidio (Behrman, 2002).

Negligencia. Esta supone la forma más común de malos tratos infantiles y representa más de la mitad de los casos comunicados a los servicios de protección al menor, según la ley el abandono infantil se define: como la omisión parental de la prestación de cuidados que determine un daño posible o real para el niño. Lo que implica el no proveer de los recursos necesarios, pero socialmente disponibles, para promover el crecimiento físico, emocional y social del niño, como lo son el deber de proporcionar alimentación, calor, o atención médica adecuadas, así como una supervisión y protección razonables frente a cualquier daño o perjuicio, por parte de quienes tienen la responsabilidad y cuidados del niño (Behrman, op. cit.).

Abandono emocional. Es considerado como la ausencia de estímulos afectivos y motivaciones en la vida del niño, así como la ruptura de lazos emocionales con los padres. Los cuidadores distantes, fríos, indiferentes y sin afecto están provocando un abandono emocional (Rodrigo y Palacios, 1998). Se sabe que cuando este tipo de maltrato es desde el nacimiento, los padres no se acercan y acarician a sus hijos, los bebés dejan de llorar y se vuelven apáticos.

Este tipo de maltrato también lo provocan aquellos padres que retiran el amor o cariño de forma caprichosa, los que permiten que el niño se maltrate a sí mismo con drogas o de cualquier otra forma, los que ignoran las necesidades que tiene el niño de recibir una educación básica o los que no protegen al niño que es testigo constante de violencia entre adultos.

Como se puede apreciar cualquier tipo de maltrato del que es víctima el niño le ocasiona en muchos de los casos secuelas que lo dejarán marcado para toda su vida, aquí radica la importancia de que se tenga conocimiento acerca de este en todas sus formas, para que de esta manera teniendo en cuenta las repercusiones que puede ocasionar en el infante, exista una cultura de prevención del maltrato infantil que le presente la oportunidad de desarrollarse en un contexto donde el abuso no sea permitido.

Conclusión

El ser padre y madre como ya se ha expuesto implica fuertes cambios en la relación; pues ya no solo son pareja; sino que ahora ya son familia. La presencia de un hijo en el hogar crea un panorama totalmente nuevo por lo que se debe presentar un reajuste en la relación, lo que pudiera ser un punto clave en la prevención del maltrato infantil, cuando se es un padre competente, se tendrá conocimiento ante las necesidades infinitas que el niño puede requerir sabiendo responder adecuadamente ante las demandas del niño, las cuales irán cambiando al paso de los años, y es así que las competencias parentales ayudarán a proporcionar una base sólida para la existencia de un período de niñez libre de malos tratos, una infancia feliz y las capacidades necesarias para en un futuro saber resolver las dificultades que la vida les pueda presentar.

Ante la existencia prevalente del maltrato infantil se debe tomar en cuenta que existen valores que parecen ser realmente importantes para proteger a niños y niñas de los malos tratos como lo es: el valorar a los niños como una alegría y una satisfacción psicológica, además de verlos cómo un valor económico, el tener presente la responsabilidad de que toda sociedad es responsable de criar a los niños. Si los padres no están dispuestos, o no son capaces de ocuparse de sus hijos otros familiares o vecinos están dispuestos a sustituirlos. El tener en cuenta que los niños pequeños no son responsables de sus acciones. La condenación a la violencia en cualquier contexto: entre adultos, entre niños y entre cuidadores y niños. Aunque se debe señalar que estos valores son importantes para el descenso del maltrato infantil, en nuestra cultura no son promovidos motivo por el cual hoy en día prevalece el maltrato.

CAPÍTULO 2

Buenos Tratos en la Infancia

“Asegurar el desarrollo y bienestar de los niños, es la base del equilibrio mental de los futuros adultos y, por tanto, de toda la sociedad”
Angélica Téllez

En la cadena generacional cada individuo recibe de sus antepasados una herencia histórica y cultural sobre todo en la forma de educar consciente e inconscientemente, con lo que va creando una personalidad familiar la cual influirá en su propia proyección del futuro y la forma de enfrentarse ante la vida.

Es así que la tarea de los padres comprometidos con la crianza de sus hijos consiste en centrarse en la educación de los mismos, iniciando por el medio familiar, creando núcleos sanos y propositivos donde crezcan niños saludables en lo físico, mental y lo emocional, proporcionándoles con ello herramientas que les ayuden a resolver

múltiples problemas a los que se enfrentaran al vivir en los escenarios del mundo globalizado.

2.1. Padres competentes

La vida de la familia representa, por un lado el centro de comunicaciones afectivas intensas, donde se van conformando las actitudes sociales; por otro lado es también origen de cuadros normativos de conducta, mediadores entre la sociedad y el niño, en colaboración con profesores y compañeros (Secadas y Barberá, 1990).

La familia o las personas encargadas de cubrir las necesidades físicas, emocionales y afectivas del niño durante los primeros años de vida señalan el tipo de rasgos que van a prevalecer a lo largo de la vida y también proporcionan al niño oportunidades de aprendizaje que le facilitarán su adaptación al ambiente. Tanto los factores heredados como aquellos adquiridos durante la vida van formando la personalidad de un individuo (Valdés, 2005). Pero son los padres principalmente quienes influirán de manera importante en el desarrollo y en la vida de los hijos, determinando en una medida importante el futuro de estos.

El término de “*padres competentes*” se refiere según Barudy y Dantangnan (2005, pág. 80), a aquellos padres que saben responder de manera adecuada y a tiempo a las necesidades fundamentales de los hijos, las cuales se encontrarán en constante cambio a la par con el crecimiento de estos. Dentro de estas se encuentran las “*capacidades parentales fundamentales y las habilidades parentales adquiridas*”, las primeras son determinadas por factores biológicos y hereditarios, los

cuales están modulados por las experiencias vitales e influidas por la cultura y los contextos sociales. Entre estas capacidades se encuentran:

Capacidad de Apegarse. El apego es un vínculo emotivo entre progenitores e hijo. Incluye sentimientos de cercanía y afecto (Craig, 2001), recursos emotivos, cognitivos y conductuales que las madres y los padres poseen para apegarse a los hijos y vincularse afectivamente respondiendo a sus necesidades (Barudy y Dantagnan, 2005).

Este lazo emocional materno-infantil se inicia desde etapas muy tempranas de la vida, de hecho sus primeras manifestaciones ocurren durante el período prenatal en el cual la madre comienza a relacionarse con un objeto que, aunque se aloja dentro de ella, se mueve con cierta autonomía en su vientre y a quien, desde ese momento, puede identificar como algo diferente de sí misma.

Erickson y Bowlby (En: Thomson, 1999, pág. 420) señalan que *“los sentimiento de afecto, confianza y seguridad que obtienen los bebés de los apegos seguros establecerán el escenario para el desarrollo psicológico sano posterior en la vida”*. Es de relevancia, mencionar que los padres que ejercen estilos relacionales parentales altamente incompetentes, como señalan Barudy y Dantagnan (op.cit.), pueden llegar a desarrollar en sus hijos otros tipos de apego como los son: *“el apego inseguro evasivo”* que se caracteriza por un aparente desinterés y desapego a la presencia de sus cuidadores durante períodos de angustia, estos niños tienen poca confianza en que serán ayudados y esperan ser desplazados por que las experiencias pasadas así lo dicen poseen inseguridad hacia los demás y prefieren mantenerse distanciados de los otros.

Por otro lado el “*apego inseguro ansioso-ambivalente*” se caracteriza por la vivencia de una ansiedad profunda de ser amado y de ser lo suficientemente valioso o valiosa, así como por una preocupación en el interés o desinterés y en la disponibilidad emocional que muestran los otros hacia el o ella. Por último el “*apego inseguro desorganizado*”, los niños con este estilo de apego tienen experiencias relacionales tempranas tan dolorosas y caóticas las cuales no les permite organizarse para responder de una forma regular y característica en su relación con sus cuidadores llegando a colapsarse sus estrategias defensivas.

Como ya se ha señalado, la capacidad de apego que logren establecer los padres con sus hijos, dependerá no solo de su capacidad biológica, si no también de sus propias experiencias de apego, así como la existencia de factores ambientales que faciliten o impidan las vinculaciones con sus hijos, lo cual puede llegarse a reflejar en los vínculos afectivos que el niño desarrolle con quienes lo rodeen. Los padres que desarrollan en sus niños apego seguros caracterizados por sentimientos de afecto, seguridad y confianza proporcionan las bases que le permiten al individuo desarrollarse de manera integral y sana.

Empatía. Puede decirse que todos los niños normales nacen con capacidad para vincularse a los demás seres humanos, así como para expresar su placer por esta adhesión, o su malestar cuando la misma se interrumpe de forma definitiva (Tucker, 1999). Esta capacidad es reconocida por los padres y según Carl Rogers (En: Váldez, 2005), es “ponerse en los zapatos del otro” para esto es preciso saber que le pasa y sobre todo como se siente. Para poder conocer estos detalles de las emociones de otra persona se debe ser sensible, característica fundamental que los padres deben poseer, ya que esta le permitirá

percibir las vivencias internas de los hijos a través de la comprensión de sus actitudes y sentimientos con las que manifiestan sus necesidades.

La capacidad de empatía permite al individuo identificarse y compartir las emociones o sentimientos ajenos, así el ser capaz de percibir el estado anímico de otro individuo, con frecuencia por haber experimentado esa misma situación o tener conocimiento del mismo. La empatía es la base esencial para la formación de la conducta altruista y moral. Es también indispensable para la identificación y comprensión psicológica de los demás. En su historia infantil, los padres competentes han conocido un apego seguro, es decir una relación empática y nutriente con su propia madre, o en su falta con una figura maternal de sustitución (Barudy y Dantagnan, 2005).

Modelos de crianza. Hacen referencia a los actos implicados en el proceso del nacimiento y crianza de los hijos, a partir del propio aprendizaje que tuvieron en su familia de origen los padres, mediante la transmisión de modelos familiares y por mecanismos de aprendizaje como: imitación, identificación, aprendizaje social, a continuación en el siguiente cuadro se explicará brevemente cada uno de estos aspectos:

Imitación	Identificación	Aprendizaje social
Los niños imitan la forma de comportarse de otros, las conductas morales o inmorales de los padres, así como las de sus semejantes (Snyders, 1998).	El niño se identifica con los modelos adultos y desarrolla comportamientos para la tipificación del sexo (Papalia, 2001).	El niño adopta los comportamientos y actitudes de un modelo para adquirir las características convenientes de ese modelo (Papalia, op.cit).

Fig. 1. Tipos de mecanismos de aprendizaje (Téllez-2006).

Es así que los modelos de crianza están influidos por la cultura y las condiciones sociales de la familia, por lo que en la transmisión de estos modelos, las formas de percibir y comprender las necesidades de los niños están implícitamente o explícitamente incluidas, así como las respuestas para satisfacer estas necesidades.

Los modelos de crianza transmitidos por padres competentes dotarán de información necesaria al individuo para saber responder a las demandas de cuidados, protección y educación, de los hijos. Lo que da al niño altas posibilidades de tener una infancia feliz y un desarrollo pleno en su adultez y en su etapa como futuro padre.

Habilidades parentales adquiridas

El desempeño de la función parental posee tres fines: función nutriente, función socializadora y la función educativa (Barudy, Dantagnan, 2005).

Función nutriente: es el proporcionar los aportes necesarios para asegurar la vida y el crecimiento de los hijos. En los seres humanos como en todos los mamíferos, los cuidados prestados a las crías necesitan de un reconocimiento mutuo entre los progenitores y la progenie, como menciona Cyrulnik (2001), una estructura parental (En: Barudy y Dantagnan, op. cit.), que implica un reconocimiento sensorial y emotivo, así como la activación de mecanismos neurobiológicos que permiten memorizar las señas respectivas de la madre y el bebé. En las madres suficientemente competentes, este reconocimiento de su hijo se da naturalmente, resultando de su instinto, tal vez sea esta la razón por la que se denomina instinto maternal a la vivencia orgánica de una

ANGÉLICA TÉLLEZ GÓMEZ

madre, que la predispone al reconocimiento de su cría, asociándose con ella para cuidarla y protegerla.

Para que este se presente es indispensable la integridad de canales de comunicación sensorial, acompañados de la puesta en marcha de un proceso emocional de familiarización, ligado a la impresión de esta experiencia en la memoria.

Los niños tienen una dependencia biopsicosocial con sus madres y padres, siendo así la asimetría de poder y de competencias entre un adulto y un niño, la condición estructural para que una madre o un padre competente entregue los diferentes nutrientes que necesitan sus hijos para crecer y desarrollarse. La experiencia emocional que permite nutrir y cuidar está dada por el apego seguro y la capacidad de empatía que nacen de este proceso.

Desde el momento en que el recién nacido se apega de una forma singular a una madre nutritiva como dice Barudy, es que *“el mundo percibido se estructura en un mundo familiar segurizante en el que podrá proseguir todos los aprendizajes necesarios para su desarrollo”* (Barudy y Dantagnan, 2005, pág. 85).

Función socializadora: se refiere al desarrollo de un autoconcepto o identidad a través de los padres como fuentes fundamentales para que se presente este desarrollo. La formación del concepto de sí mismo, es decir la idea o imagen que cada individuo tiene de sí mismo (Román, 2002), según Berger y Luckman (1986), es el resultado del proceso donde el niño o niña internalizan su mundo social y externalizan su propio ser. Desde este punto de vista, esta perspectiva resulta de la internalización de su mundo cotidiano, que a su vez resulta de la

dinámica relacional entre su estructura biológica y su medio ambiente. Para que se presente un autoconcepto sano, positivo y resiliente, se requiere de un ambiente humano de buenos tratos, donde los padres tengan la capacidad de comunicar de manera permanente mensajes incondicionales de afecto y de respeto que confirman a sus hijos e hijas como sujetos legítimos en convivencia recíproca.

Según Dantagnan (1993), *lo que una madre o padre siente, piensa o hace por sus hijos, y la forma en que lo comunica tendrá un impacto significativo en la manera en que un niño se concibe a sí mismo* (En: Barudy y Dantagnan, 2005, pág. 86-89). Ejemplo de estos lo encontramos en el siguiente relato:

Clara y Luisa tienen la misma alteración cromosómica y la misma edad: 18 años. Clara, que pudo aprender a leer y a escribir, escribe las obras de teatro que un grupo de adolescentes con el mismo síndrome presentan con éxito en su país de origen. En cambio, Luisa, que nunca pudo pasar más allá del jardín de infancia, no es capaz de expresar claramente lo que quiere y presenta múltiples trastornos del comportamiento. Una misma alteración cromosómica llega a importantes déficits intelectuales y conductuales, en el caso de Luisa, que creció en un medio afectivo empobrecido por la negligencia de sus padres provocada sobre todo por una depresión crónica de su madre. Los Rendimientos de Clara son mucho mejor, el contenido de sus obras de teatro expresa una enorme sensibilidad con relación a sus dificultades y a la de sus padres. A diferencia de Luisa, creció en un medio familiar donde sus padres pudieron ofrecerle un entorno de cuidados, seguridad y aceptación de su diversidad. Junto con esto recibió los estímulos y el apoyo necesario que le permitieron desarrollar su pasión por el teatro (Barudy y Dantagnan, 2005, Pág.58).

Los hijos de padres con una parentalidad competente tendrán toda la posibilidad de desarrollar una identidad sana y una autoestima

elevada, por el contrario, los padres incompetentes y con conductas que ocasionan malos tratos, envían permanentemente mensajes negativos a sus hijos, lo que explica un autoconcepto negativo y graves problemas de autoestima. La confianza en sí mismo está relacionada con la aceptación de los padres incluso frente al fracaso, el niño puede aprender de la experiencia si sabe que sus padres apoyan sus esfuerzos (Ehrlich, 1999). El cariño y apoyo paterno, aumentan las probabilidades de que los niños tomen como modelo las acciones prosociales de los padres.

Función educativa: los padres deben garantizar el aprendizaje de los modelos de conducta necesarios para que sus hijos sean capaces de convivir, primero en la familia y luego en la sociedad, respetándose a sí mismos y a los demás. La educación sirve para formar a un niño a nivel individual, pero sobre todo es el proceso que posibilita pertenece a una sociedad.

Los niños se preparan para colaborar en la construcción del bien común. Así los padres servirán de modelos de transmisión de valores y de intereses por los demás, también la relación emocional con su familia en especial el tipo de conexión que tiene con quienes le crían y educan parece influir en su capacidad de ser complaciente y en la efectividad de las medidas disciplinarias de los padres (Eisenberg, 1999).

El bienestar infantil es el resultado de un proceso complejo, basado en una práctica de buenos tratos, el desarrollo sano de un niño o niña es la consecuencia del predominio de experiencias de buen trato que han conocido en su vida. Estos buenos tratos no sólo corresponden a los que los padres son capaces de ofrecer, sino también son el resultado de los recursos que una comunidad pone a sus servicios, para que, por una

parte se garantice la satisfacción de las necesidades infantiles, el respeto de sus derechos y por otra, se promueva, apoye y rehabilite las funciones parentales.

Por tanto, el bienestar infantil es producto del buen trato que el niño recibe, y éste a su vez es el resultado de las capacidades de los padres para responder adecuadamente a las necesidades de sus hijos. Para que esto pueda producirse, *“deben existir, además, recursos comunitarios que ayuden a los padres a cumplir su tarea y a los niños a satisfacer sus necesidades, así como contextos relacionales que ofrece la paternalidad bien tratante”* (Barudy y Dantagnan, 2005, pág.90).

Disponibilidad múltiple: los padres ofrecen a los niños diferentes espacios relacionales para estimular sus diversas áreas de desarrollo, por lo que con esto se puede decir que la función parental implica ofrecer a los hijos diversidad de experiencias en espacios diferenciados como:

Espacios relacionales			
Espacios afectivos	Espacios íntimos	Espacios lúdicos	Espacios de aprendizaje
La relación establecida a través de mensajes gestuales, contactos corporales, caricias verbales, confirman a el niño como un sujeto válido para ser cuidado, protegido y estimulado en su desarrollo por sus padres (UNICEF,2000).	Son espacios de intercambio donde sus rasgos, atributos y capacidades son reforzados al tiempo que se les ofrece la posibilidad de explorarse así mismos, estimulando sus potencialidades para superar sus dificultades y resolver sus conflictos (Barudy y Dantagnan, 2005).	El adulto a través del juego estimula en el niño el desarrollo de sus capacidades físicas y psicológicas. Ya que el aprende a través de la acción y de la exploración del medio que lo rodea, en un intercambio activo (Papalia, 2001).	Los niños se van haciendo sujetos sociales estimulados por lo que ven. Barudy y Dantagnan, (2005) señalan que los padres competentes, transmiten conocimientos y experiencias en un clima caracterizado por el afecto y el respeto.

Fig. 2. Espacios relacionales ofrecidos por los padres competentes (Téllez-2006).

Estabilidad: se refiere al equilibrio que los padres ofrecen a los niños y niñas, una continuidad a largo plazo de relaciones que aseguren sus cuidados y la protección para preservarles de los riesgos del entorno, así como la socialización necesaria para que sean buenas personas (Craig, 2001).

Accesibilidad: es el trato comunicativo y afable que los padres presentan, el cual es indispensable para asegurar el desarrollo sano de los niños, cuando un adulto significativo se encuentra siempre visible, eso le implica presencia y disponibilidad.

Perspiciacia: es la capacidad para percibir, mostrar alegría y satisfacción por los cambios que los hijos muestran en el progreso de su desarrollo, implica la motivación que los padres y madres muestran a los hijos para ser observadores participantes de los procesos de crecimiento de sus hijos y celebren sus logros y los estimulen en sus dificultades.

Eficacia: es la realización adecuada con que los padres aplican los modelos de crianza eficaces durante su infancia y adolescencia para poder responder adecuadamente a las necesidades múltiples y evolutivas de sus hijos. Es así que la calidad de las relaciones afectivas que el adulto establece con el infante dependerá de la capacidad que el primero tenga para responder al niño (UNICEF, 2000).

Coherencia: es la necesidad que los niños tienen de ofrecer un sentido de conexión a sus actuaciones, que exista una concordancia entre lo que se dice y los gestos, la entonación de la voz y las posturas corporales. La obtención de esta coherencia es el resultado de procesos

personales, siempre influidos por las culturas familiares y sociales donde crecieron (Corkille, 2004).

Los elementos que se han mencionado son característicos de los padres competentes. Los padres al crear contextos dentro de los cuales se tomen en cuenta las necesidades de sus niños y donde estos últimos sean y se sientan valorados, amados, respetados, dan los elementos necesarios para que los hijos tengan un crecimiento sano tanto psicológico como físico, permitiendo con ello el establecimiento de una infancia sin maltratos y el desarrollo de una personalidad saludable y equilibrada. Para proporcionar esto los padres deben conocer a sus hijos y estar preparados para saber de que manera responder a las demandas de estos y por ende evitar el maltrato.

2.2 El buen trato hacia la infancia

Para Barudy y Dantagnan (2005), los *buenos tratos* son el resultado de la cooperación grupal en la familia y en la comunidad, ya que con la colaboración social se evita los sufrimientos de los niños. En un ambiente de buenos tratos, las normas que prevalezcan serán bientratantes y tendrán como finalidad la participación de todos a partir de la convivencia y el respeto de los derechos humanos y la aceptación de la diferencia.

El concepto de *buen trato* según Barudy (En: Barudy y Dantagnan, op. cit. Pág. 43):

“está basado en la idea de que la capacidad de tratar bien a las crías es inherente a los seres humanos, cuidar a los niños y

niñas ofreciéndoles contextos de buenos tratos es una producción social al alcance de cualquier comunidad humana, pero son los adultos los responsables de crear contextos sociales que impiden o entorpecen el ejercicio de esta capacidad biológica”.

En lo que respecta al ámbito familiar las reglas sociales son necesarias para garantizar la existencia de una jerarquía basada en las competencias de los adultos que permita la educación de los niños, por lo que el niño busca a sus padres, como dice Ehrlich (1999), con el fin de que le den dirección, entrenamiento y ayuda para estructurar su mundo, que suele ser confuso. Sin la paciente disciplina de sus padres, el niño estaría solo para afrontar las complejidades de la vida sin más guía que sus indisciplinados impulsos.

A través de la enseñanza que los padres competentes transmiten a sus hijos ayudan a que sus niños sean felices, ya que tienen una sólida imagen de sí mismos, desarrollan buenos sentimientos hacia los padres y la adaptación normal, estos elementos serán el resultado de conductas competentes, las cuales se adquieren cuando son enseñadas por padres competentes quienes a través de los buenos tratos ayudan a sus hijos a desarrollar herramientas para enfrentarse a la vida y de esta manera poder tener los elementos necesarios para salir adelante ante cualquier situación que pudiera presentarse, entre dichas características poder hallar las siguientes:

Desarrollo del autoestima, la autoestima tiene que ver con la idea o imagen que cada individuo tiene de sí mismo. Con la manera como se conoce, se respeta y se ama. De esta manera los niños se encuentran

contentos consigo mismo y a menudo se sienten competentes en sus habilidades sociales y de otra índole. En la autoestima del niño influye profundamente el hecho de que la familia, los compañeros y la comunidad inmediata tengan una buena opinión de él (Vanistendael y Lecomte, 2003).

De esta manera la forma en que los padres brindan afecto a los niños, ayuda a crear en ellos la idea de que es una persona valiosa, y es mucho más probable que entable una relación sana con otras personas sin sentir el temor de no ser aceptado, las expresiones verbales de afecto, ayudan al niño a desarrollar una buena imagen de sí mismo y a sentir confianza en su capacidad de hacerse querer por los demás (Robertiello, 1990). Es así que los padres competentes desarrollan en sus hijos una autoestima elevada, que les ayudara, a triunfar en la vida ya que están seguros de sus capacidades (Craig, 2001).

Identidad, se refiere al reconocimiento de sí mismo como ser único e irrepetible. De igual manera por el hecho de ser personas tenemos unas características similares y comunes que nos dan una identidad y una forma de ver y sentir las cosas como seres humanos. El establecimiento de la identidad en el individuo hace que este se sienta dueño de sí provoca la necesidad de tener metas y proyectos personales propios, los cuales nos hacen sentir auténticos, ya que dentro de nosotros están las herramientas necesarias para serlo.

Pertenencia, cada persona, al nacer, comienza por estar en una familia, que le otorga una identidad, la cual le ayuda a descubrirse a sí misma y a ver en su entorno un nido que le proporciona las herramientas necesarias para crecer seguro, protegido y con los vínculos afectivos

para desarrollarse armónicamente. El formar parte de un grupo influye en su concepto de autoestima, le aporta elementos a su identidad y contribuye a que la persona se sienta autorrealizada (Valdés, 2005).

Compartir, se refiere a la capacidad de ofrecer a otros lo que se posee y al mismo tiempo, recibir de los demás lo que ellos a su vez otorgan. Para compartir es necesario poner en común aquello de que se dispone, para beneficio de un grupo, o de una comunidad.

Respeto por la diferencia, es la capacidad que las personas pueden tener de interesarse por los demás tal y como son y aceptarlos de la misma manera. Las personas que respetan las diferencias, piensan en las necesidades y sentimientos de quienes les rodean. En este aspecto el niño acepta a todos por igual, sin importar edad, condición social o económica; si se encuentra a otro niño en la calle, es su igual, otro como él (Chávez, 2005). Esta capacidad es fomentada a partir de las actitudes que los padres enseñan a sus hijos en el seno familiar.

Tolerancia, ser tolerante es entender la posición de otra persona y considerar las semejanzas y las diferencias que se tienen. También se refiere a escuchar el punto de vista del otro y como menciona Rogers (En Valdés, op.cit.) es ponerse en los zapatos de los demás de tal manera que se entienda, respete y acepte aquello que otra persona dice o hace aunque no sea igual a lo que uno mismo piense.

En el seno familiar el niño aprende a sentir por el tipo de relaciones afectivas que se van entretejiendo, y es aquí donde aprende a emocionarse, a apasionarse y en donde aprende la sensibilidad ante las necesidades de los demás” (Chávez, op.cit. pág. 148).

Justicia y equidad, justicia significa ir más allá de un texto con acuerdos y reglas; pues lo realmente pertinente es el bienestar de todos. Para que los niños sean justos, los padres deben enseñar que las necesidades y los deseos de los demás deben ser tenidos en cuenta, al mismo tiempo que los suyos y es en la familia donde se aprende el respeto por uno mismo y por los demás y también es donde se aprende a tomar acuerdos y decisiones (Chávez, 2005.).

Las familias de padres competentes que utilizan técnicas orientadas hacia el amor, utilizando preferentemente el premio sobre el castigo, les permiten a los hijos e hijas desarrollar la asertividad, el ser colaborativos y no agresivos. Son familias que consideran que los derechos y deberes de padres e hijos son complementarios. Estas familias toman en cuenta las necesidades de sus miembros antes de realizar alguna acción, los padres son cuidadosos para deliberar y conversar calmadamente con sus hijos. Al mismo tiempo que son cariñosos y brindan apoyo, manteniendo cierto control sobre la conducta de sus hijos y esperan que actúen con la mayor madurez que le sea posible (Váldez, 2005). Si perciben que el hijo está equivocado, le indican cuál es la conducta que ellos esperan.

Como ya se ha señalado anteriormente, la familia es la base principal de los buenos tratos hacia los niños y niñas, pues es desde esta donde se aprenden las relaciones personales, las cuales son el factor ambiental principal que ayudan a promover el desarrollo psicosocial del niño (Lissaver y Clayden, 2003). En la familia de padres competentes se recibe amor y se aprende a darlo a los demás, se aprenden las formas de expresión de dicho amor y se aprende a compartir y aceptar a los

demás, y por lo tanto la conducta de estos niños, nos permiten comprender que ellos a su vez han aprendido a ser aceptados y se sienten queridos por sus padres y hermanos, además de que han podido aprender a expresar sus emociones y tomarlas como algo importante para el desarrollo de la vida.

En la aplicación de los buenos tratos, los padres son los principales modeladores de la conducta del niño, pues como señala Yllingworth (2000) y es a través del ejemplo de estos como se les puede inculcar a los niños buenas maneras; buenos hábitos y bondad hacia sus semejantes.

Se ha comprobado que la autoconfianza, autoestima, la seguridad, la capacidad de compartir y amar, e incluso las habilidades intelectuales y sociales, tienen sus raíces en las experiencias vividas durante la primera infancia en el seno familia (UNICEF, 2000). En un hogar donde se respira un ambiente de cariño, respeto, confianza, estabilidad, los niños se crían y se desarrollan psíquicamente más sanos y seguros, y se relacionan con el exterior de esta misma forma, con una actitud más positiva y constituida hacia la vida.

2.3 Resiliencia

El desarrollo de competencias parentales y buenos tratos proporcionarían los elementos necesarios para que los niños y niñas tengan una infancia feliz, desarrollándose como adultos, de la misma manera podrán ser unos padres que den buenos tratos asegurando la infancia feliz a las próximas generaciones. Aunque esto es lo ideal, no podemos dejar de mencionar como se presentó en el primer capítulo del

ANGÉLICA TÉLLEZ GÓMEZ

presente trabajo, que el maltrato infantil sigue vigente en nuestros días y que para muchos niños maltratados, la infancia feliz está fuera de su alcance. Pero esto no siempre significa que al crecer llevarán acabo el mismo estilo de crianza, si no que también puede rescatar de estas experiencias dolorosas aspectos que le permitan crecer y desarrollarse teniendo la capacidad de superar las experiencias traumáticas vividas, dando paso al surgimiento de la resiliencia como veremos a continuación.

En el campo de la psicología la resiliencia implica una dinámica positiva, una capacidad de ir hacia delante (Vanistendael y Lecomte, 2003); la resiliencia humana no se limita a una actitud de resistencia, permite una dinámica positiva, una capacidad de ir hacia delante.

En el campo de la física se usa el término resiliencia para denominar a aquellos metales que luego de ser expuestos a determinada cantidad de energía, y de ser transformados por esta, son capaces de retornar a su estado original. Igualmente se usa el concepto de umbral de resistencia o de tolerancia, para indicar el límite de resistencia del metal a la intensidad de la energía, si sobrepasa este umbral el metal se quiebra o se rompe (Osorio, 2001).

Silva 2000 (En: Osorio, op.cit.), define a la resiliencia como la capacidad universal de todo ser humano de resistir ante condiciones adversas y recuperarse, desarrollando paulatinamente respuestas orientadas hacia la construcción de un ajuste psicosocial positivo al entorno, a pesar de la existencia simultánea de dolor y conflicto intrapsíquico. Para Panez (2001), el concepto de resiliencia está relacionado con el de adversidad o el de situaciones de naturaleza

desfavorable para el niño. Así estas situaciones denotan riesgo biológico o psicosocial.

Vanistendael (2003), afirma que la resiliencia es la capacidad de tener éxito de modo aceptable para la sociedad, a pesar de un estrés o de una adversidad. Lo que implica una capacidad de resistencia y una facultad de construcción positiva. Manciaux, Vanistendael, Lacomte y Cyrulnik (En: Vanistendael y Lecomte, 2003), proponen la definición de resiliencia como la capacidad de una persona sana o de un grupo para desarrollarse bien, para seguir proyectándose en el futuro a pesar de los acontecimientos desestabilizadores, de condiciones de vida difíciles y de traumas a veces graves.

Partiendo de las definiciones ya mencionadas, se puede destacar que la resiliencia surge como consecuencia de vivir en un entorno conflictivo, denominado situación de riesgo, ya sea porque los padres del niño son alcohólicos, enfermos, porque hay pobreza, desnutrición, etc.

Con el fin de explicar de una forma flexible y pragmática la resiliencia Stefan Vanistendael y Lecomte (op.cit.), idearon el modelo de la casita que representa un dominio de intervención potencial para los que desean contribuir a construir, mantener o restablecer la resiliencia. La casita parece responder eficazmente a la necesidad de una síntesis práctica.

En primer lugar, se encuentra el subsuelo sobre el que está construida: se trata de necesidades materiales elementales como la alimentación y los cuidados básicos para la salud.

Posteriormente está el subsuelo, la red de relaciones más o menos informales: la familia, los amigos, los vecinos, los compañeros de escuela o los colegas de trabajo; el sentimiento de ser profundamente aceptado se sitúa en los cimientos del modelo de la casita, por que su importancia es primordial para que una persona se vuelva resiliente.

En la planta baja localizamos una capacidad fundamental; hallar un sentido, una coherencia a la vida. Descubrir un sentido a la vida puede realizarse gracias a una cierta filosofía que consiste en apreciar plenamente la existencia; algunos percibirán ese sentido a través de una experiencia religiosa. Este nivel es igualmente el de los proyectos concretos. Ciertos adultos resilientes descubren un sentido a su vida comprometiéndose en una relación altruista. En la planta baja ubicamos también, el jardín, el contacto con la naturaleza, del simple paseo a la actividad en una granja, que puede ofrecer posibilidades pedagógicas importantes.

En el primer piso se sitúan tres habitaciones: la autoestima, las competencias y aptitudes, el humor y otras estrategias de adaptación. En cuanto a la segunda habitación de este piso, las competencias son tal vez el dominio en donde las intervenciones son más fáciles, porque es más simple enseñar competencias que otros dominios. El altillo: representa la apertura hacia otras experiencias, enfrentar de una manera constructiva y positiva situaciones con las que no se está familiarizado para analizar la información o experiencias de manera objetiva.

El modelo de la casita de la resiliencia no es una estructura fija. Como una verdadera casa, debe ser ante todo construida, luego tiene una historia, necesita de cuidados y reparaciones. La casita puede ser

usada en múltiples situaciones, para hacerse una idea de la resiliencia manifiesta o potencial de un individuo, pero también de un grupo.

Como una casa real, la casita puede sufrir las consecuencias de desastres tales como el fallecimiento de un pariente, la pérdida del empleo, una enfermedad grave, la guerra, la necesidad de abandonar todo y huir, los abusos, la violencia, etc. La casita de la resiliencia puede encontrarse destruida y entonces debe ser construida (Vanistendael y Lecomte, 2003).

Existen factores relacionales que facilitan la emergencia y el desarrollo de la resiliencia, los cuales distinguen a los niños que superan la adversidad de aquellos que se agobian por los factores de riesgo en los que están: un acercamiento activo, evocador hacia el problema a resolver, permitiéndoles negociar una serie de experiencias emocionalmente arriesgadas; una habilidad en la infancia para ganar la atención positiva de los otros; una visión optimista de sus experiencias; una habilidad de mantener una visión positiva de una vida significativa; una habilidad de estar alerta y autónomo; una tendencia a buscar nuevas experiencias; y una perspectiva preactiva.

Las niñas y niños resilientes presentan diversas características que les ayudan a superar los procesos de riesgo por los que atraviesan, en estas encontramos las siguientes.

Competencia social.

A partir del apego seguro que los padres proporcionan a sus niños y adolescentes estos son capaces de responder al contacto social con

otros seres humanos y generan más respuestas positivas en las otras personas, también son activos, flexibles y adaptables aún desde la infancia. Presenta cualidades como la de estar listo para responder a cualquier estímulo, comunicarse con facilidad, demostrar empatía y afecto y tener comportamientos prosociales (Cyrulnik, 2001).

Una cualidad que cada vez ha adquirido mayor valor y esta relacionada con la resiliencia es el sentido del humor. Esto significa tener la habilidad de lograr alivio al reírse de las propias desventuras y encontrar maneras diferentes de mirar las cosas buscándoles el lado gracioso. Al respecto, Vanistendael (1995), señala que el sentido del humor es de importancia en el desarrollo de la resiliencia, pues afirma que “quien ejerce la difícil virtud de reírse de sí mismo ganará en libertad interior y fuerza”, los padres competentes generan en los niños experiencias de confianza las cuales les ayudan a promover esta cualidad. Masten (1982), destaca la importancia que tiene el humor en términos del enfrentamiento a la adversidad (En: Kotliarenco, Cáceres y Fontecilla, 1997).

Los niños resilientes desde edades tempranas tienden a establecer más relaciones positivas con los otros, son niños que trabajan bien, tienen buenas expectativas, tienen facilidad de relacionarse con los demás, desarrollan factores sociales adecuados, tienen una capacidad de resolución de problemas, autonomía, sentido de propósito y de futuro (Marquéz, 2003), como veremos más adelante.

Resolución de problemas.

En los niños resilientes, la capacidad para resolver problemas es identificable desde la niñez temprana. En esta están incluidas las habilidades para pensar en abstracto, reflexivamente y flexiblemente y la posibilidad de intentar soluciones nuevas para problemas tanto cognitivos como sociales.

También incluyen las habilidades de planear, buscar y usar recursos para conseguir ayuda, y de analizar crítica, creativamente con reflexión. En el desarrollo de la conciencia crítica, hay dos elementos que han sido claves: el ser conciente de las estructuras de opresión y la creación de estrategias para poder sobrellevarlas (Bernard, 1996). La capacidad para resolución de problemas mejora el funcionamiento de los niños, desdibujando los efectos detrimentales que tienen las formas de vida estresantes (En: Kotliarenco, Cáceres y Fontecilla, 1997).

Los padres propician la activación de esta capacidad cuando proporcionan los espacios de aprendizaje en los cuales los hijos no solo adquieren conocimientos si no que piensan y analizan críticamente las contradicciones y las injusticias de su sociedad.

Autonomía.

La autonomía significa tener un sentido de identidad propia, así como la habilidad de actuar independientemente, al igual que ejercer control sobre el medio de uno, incluyendo el sentido de cumplir con tareas específicas, de un centro de control interior y la eficacia personal.

El desarrollo de la resistencia “rechazar los mensajes negativos sobre uno mismo” y del alejamiento “distanciarse de los elementos negativos” es un poderoso protector de autonomía.

Por su parte los padres competentes colaboran para desarrollar la autonomía ofreciendo a sus niños espacios de conversación o reflexión sobre las vivencias emocionales y maneras de controlar las emociones, así como formas adaptativas adecuadas de comportarse cuando se producen trasgresiones (Barudy y Dantagnan 2005).

Sentido de propósito y de futuro.

Para Kotliarenco, la capacidad para averiguar, algún significado, sentido o coherencia en cuanto ocurre en la vida, es una especie de intuición que tiene el individuo de que hay en la vida algo más que las meras experiencias, como un entendimiento profundo de que en cada situación subyace algo positivo que aportar a la vida (En: Osorio, 2001). A partir de la comunicación de valores que los padres competentes transmiten en sus hijos, les proporcionan sentido a su vida, ayudándoles a desarrollar su capacidad de amar, de hacer el bien y de apreciar lo que es bueno y placentero.

Para que el individuo pueda alcanzar una respuesta a sus necesidades se debe trazar metas u objetivos, encontrar modelos que seguir cuyo trayecto oriente y dé un sentido a la vida, encontrar orden y belleza en las cosas.

Partiendo de las características ya mencionadas identificables en niños resilientes, dichos niños en situaciones de riesgo son capaces no

solo de sobrevivir sino de vivir en buenas condiciones psicológicas y enfrentar el diario vivir con entereza. También es importante señalar que el niño resiliente suele tener un temperamento fácil activo y mimoso.

La resiliencia nos permite conocer que existen dificultades que nos pueden fortalecer, si se cuenta con los recursos necesarios para enfrentarlas (Ramos, 2004). La resiliencia apunta entonces a favorecer procesos que involucren al individuo y su ambiente, ayudándolo a superar la adversidad, adaptarse mejor y lograr una mejor calidad de vida.

Conclusión

La paternidad desencadena la reestructuración obligatoria de la familia, pues con la llegada del nuevo miembro se debe procurar satisfacer las necesidades de este, cuando los padres poseen las competencias necesarias para poder satisfacer dichas necesidades, el niño crecerá en un ambiente que le permita desarrollarse en los aspectos biológico, psicológico y social. El resultado de las competencias que poseen los padres proviene de la pertenencia de estos a contextos familiares fundamentados en el buen trato, los cuales les permiten establecer los cimientos para que sean promotores de una infancia feliz.

El pertenecer a una familia caracterizada por dar buenos tratos hacia los hijos, confirma a estos como seres únicos y merecedores de amor y respeto, lo que les permite a los niños desarrollar habilidades que puede poner en práctica sobre todo cuando tienen que hacer frente a las dificultades que en la vida se le presenten.

Será con la ayuda de la paternidad, competente responsable y comprometida con la educación y desarrollo de sus hijos como podrá ser más próximo el vislumbrar una sociedad en la cual la violencia en el seno familiar sea desplazada por un ambiente de buenos tratos y por tanto de respeto valoración y amor hacia los niños preparando así a futuros adultos dadores de buenos tratos para las generaciones venideras.

Etapas Resilientes de los hijos de padres competentes

“Sembrar hoy en los niños las semillas de las aptitudes y actitudes harán que florezca en su vida las competencias que les permitirán ser los protagonistas de una mejor sociedad”
Angélica Téllez

La paternidad es el rol más complejo que le toca desempeñar al ser humano, ya que los padres son los formadores de los niños del hoy y los adultos del mañana, por tanto son los formadores de nuevas generaciones. La paternidad competente es capaz de proporcionar a los hijos una formación integral para el desarrollo personal en valores y virtudes positivas que le ayuden a crecer, manifestarse, dar a los demás y trascender como seres humanos, así como el permitirles desarrollar habilidades físicas, mentales, emocionales y afectivas.

Justificación

Las relaciones familiares pueden ser nuestra mayor fuente de calidez y apoyo, pero también pueden ser un poderoso manantial de angustia. En ninguna otra parte este problema es más obvio que los casos de maltrato infantil. Todos los días miles de bebés, niños y adolescentes son golpeados, privados de alimentos, sofocados, molestados sexualmente o maltratados de alguna u otra manera por sus cuidadores. Otros niños no son blancos de estas formas “físicas” de abuso, pero como señala Shaffer (2002) sufren de abuso psicológico como rechazo, ridículo e incluso son aterrorizados por sus padres. Otros son privados del cuidado y estimulación básica que necesitan para desarrollarse en forma normal.

Debemos tener en cuenta que el maltrato que los padres dan a sus hijos está determinado no por la falta de amor de los padres si no como dice Loredo (1994) por la inmadurez emocional, que les impide concebir y contemplar a sus hijos como seres separados ya que los ven como pantallas en donde proyectan y observan sus propios sentimientos desagradables o bien como seres necesarios para satisfacer sus necesidades no resueltas de amor y paternidad.

Los investigadores, recientemente han comprobado que no existe un síndrome de personalidad abusiva único que caracterice con precisión a los adultos que cometen abuso infantil. Los abusadores de niños provienen de todas las razas, grupos étnicos, clases sociales y en la superficie muchos de ellos parecen ser padres amorosos bastante normales que nunca lastimarían a sus hijos.

Sin embargo se pueden localizar algunas diferencias entre los padres que abusan de sus hijos y aquellos que no lo hacen como lo son: historia de abuso en sus relaciones familiares, personas emocionalmente inseguras, las cuales interpretan la irritabilidad de los niños como falta de respeto o rechazo, así como la juventud de los padres es un factor que influye en el abuso que estos propician en sus hijos, debido a su propia inmadurez para poder enfrentarse ante las múltiples necesidades que este presenta (Shaffer, 2002).

Es la infancia un período vital en el desarrollo del ser humano, pues esta puede marcar una pauta para toda la vida, por ello es fundamental que los padres sean conscientes de los beneficios que trae para los niños el vivir en ambientes que permitan un desarrollo integral de los hijos. Un niño para que tenga un crecimiento integral requiere de un medio sociofamiliar que este caracterizado por conductas bien tratantes capaces de proporcionarle lo indispensable para su desarrollo y bienestar.

Con base en lo anterior se realizará una respuesta entorno a las etapas de desarrollo que atraviesan los hijos de padres competentes para ayudar a promover una infancia feliz.

Sugerencias

En la sociedad actual donde es común la falta de preparación por parte de los padres ante la educación de los niños, demanda el establecimiento y desarrollo de competencias parentales las cuales les ayuden a desempeñar su rol de manera más consciente, erradicando con ello la creencia de que solo a través de los malos tratos se puede educar a los hijos, y de esta manera comience la formación de futuros adultos que puedan asegurar una mejor calidad de vida tanto para ellos como para los que los rodean.

La presente propuesta permite a los padres y demás personas encargados del cuidado y educación de los niños conocer los beneficios que trae consigo el ejercer buenos tratos sobre estos en las distintas etapas de desarrollo por las que deberán atravesar, así como algunas sugerencias para ir desarrollando ambientes familiares caracterizados por los buenos tratos. Esta propuesta puede ser una herramienta que sirva de guía a los educadores y a otras personas encargadas del cuidado y bienestar de los niños para crear sus modelos educativos. También puede servir de indicador para saber si se están dando buenos tratos a los niños o si se han apartado de este estilo de crianza.

Etapas

Objetivo general: Que los padres promuevan los buenos tratos en sus hijos apoyándose en las etapas de desarrollo de la infancia feliz, para así proporcionar una mejor calidad de vida para estos.

Partiendo de las etapas de desarrollo los padres se puedan guiar para ser promotores de una infancia feliz, caracterizada por el buen trato.

En lo que corresponde a las características del desarrollo en el aspecto conductual anterior al nacimiento, el feto comienza a colocar la cabeza hacia abajo en preparación para correr el canal del parto, también se mueve ante la presencia de sonidos extraños y conocidos como la voz de sus padres.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden realizar actividades que le ayuden al producto como: platicarle en voz alta, escuchar música que lo estimule (como la clásica), leerle, cantarle, realizar ejercicios de respiración y relajación. De esta manera los padres hace participe al niño de sus actividades y comparte con él esos momentos.

En lo afectivo el apego seguro entre los padres y el producto se va forjando a través del contacto diario.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden ir creando este vínculo afectivo a través de las muestras de amor como: caricias, besos, abrazos y expresiones verbales de afecto y comprensión entre ellos y hacia el futuro hijo. Con

lo anterior los padres empiezan a crear el ambiente de seguridad y amor en el que deberá nacer el niño.

En lo somático los intestinos, el estómago, los riñones y el hígado funcionan perfectamente, el futuro bebé desciende a medida que el útero se sitúa más abajo en la zona pélvica.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden apoyar lo anterior con revisiones médicas constantes, una alimentación equilibrada, descanso, ejercicios de acuerdo al estado de la mujer, la cual debe evitar cargar cosas pesadas, o estar mucho tiempo de pie. A partir de lo anterior los padres comienzan a proporcionar protección y seguridad al futuro bebé desde antes de nacer.

En lo interpersonal el nuevo ser que se encuentra en desarrollo en el vientre de la madre, reconoce las voces de sus padres y reacciona ante los estados de ánimo que presenta la progenitora.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden: organizar reuniones familiares o con amigos, asistir a centros recreativos, caminar en pareja en el parque, visitar a familiares lejanos. Esto permite que el futuro miembro de la familia comience a compartir con sus padres y con personas distintas aún antes del nacimiento y empiece a ser amado por quienes le rodean.

En lo cognoscitivo el producto es sensible al tacto y puede percibir el dolor, se puede sobresaltar al escuchar sonidos fuertes cerca de la

madre, caso contrario a cuando escucha sonidos moderados. Por lo que puede identificar a la madre a través de su voz y de caricias y manifestarse inquieto ante situaciones de estrés o tranquilo ante un ambiente relajante.

Actividades promotoras del buen trato.

Para evitar estrés y tensión en el producto los padres pueden: realizar ejercicios de relajación cuando se encuentren molestos, evitar los gritos, los insultos, peleas, apoyarse mutuamente. Es así que el futuro bebé nacerá en un contexto lleno de respeto, cariño, apoyo, y compromiso por parte de sus padres.

PRIMERA INFANCIA

(Del nacimiento a los 3 años)

En lo que corresponde a las características del desarrollo en el aspecto conductual las habilidades motoras del niño progresan firmemente; de la habilidad de gatear pasa a la de caminar y posteriormente a la de correr. El lenguaje empieza a jugar un papel importante, aparecen las palabras y se oyen las primeras frases. El niño requiere de cuidados y atención por parte de sus padres ya que depende totalmente de estos.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden dar un buen cuidado apoyándose en lo siguiente: acostar al niño boca arriba o del lado, bañarle primero la cabeza y cara teniendo cuidado con los ojos y después lavar el resto del cuerpo, que la madre lo amamante, lavarse las manos antes de amantar, supervisan que las cosas que se encuentren alrededor del niño no sean peligrosas. Esto permitirá al padre no solo la satisfacción de las necesidades elementales de su hijo sino también compartir con él y empezar a formar el ambiente de confianza y seguridad el que se desarrollará.

En lo afectivo se presenta el apego múltiple y seguro el niño empieza a desarrollar lazos de amor con sus padres y personas con las que convive, el niño sonríe ante los estímulos placenteros para y llora o se inquieta ante situaciones desagradables.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden desarrollar el apego múltiple y seguro a través de las muestras de afecto como: caricias, abrazos, besos y expresiones verbales de afecto entre ellos y hacia el bebé. Esto logrará que el niño crezca en un ambiente en el cual el sea capaz de demostrar sus sentimientos a quienes le rodean.

Lo somático se caracteriza en este periodo por la terminación gradual del crecimiento del cerebro y la mielinización. La alimentación en esta etapa es muy importante ya que la leche materna contiene todo el elemento nutritivo que necesita el niño para su crecimiento y desarrollo así como sustancias que lo protegerán contra infecciones y alergias.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden aprovechar el momento de la alimentación del niño para mostrarle su amor, y el de el baño para estimular la sensibilidad del niño a través del contacto de este con el agua, hacer ejercicios para fortalecer las piernas del niño, los brazos, colocar frente de el objetos con diversas texturas para que el las manipule. Lo anterior permitirá que el niño comparta con sus padres y comience a identificar diversas sensaciones además de que reconozca el ambiente que le rodea.

En lo interpersonal el niño se relaciona con su familia, y también empieza a relacionarse cada vez más con compañeros de su mismo género y a centrarse más en ellos.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden apoyar el desarrollo interpersonal del niño a través de: reuniones familiares, con amigos, visitar parientes, ir a centros recreativos, organizar juegos en familia, cooperar en trabajos comunitarios. Esto permite que el niño comparta con otros adultos y con iguales. Y empiece a sentirse seguro en el ambiente que está al encontrarse cerca de sus padres.

En lo cognoscitivo el niño ya tiene el concepto del yo físico, del cuerpo y de sus partes. A través de las preguntas el niño trata de explicar el entorno que le rodea.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden aprovechar el momento del juego para enseñarle las partes del cuerpo, los sonidos de animales, palabras, formas, texturas. De lo anterior además de aprender el niño es confirmado por sus padres como una persona capaz de recibir atención, cuidados y sobre todo amor.

SEGUNDA INFANCIA (De los 3 a los 5 años)

En lo que corresponde a las características del desarrollo en el aspecto conductual en esta etapa el niño coordina mejor sus movimientos, es más capaz de controlar su propio cuerpo y puede vestirse solo, e ir al baño solo.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden apoyarse en la imitación para enseñan a sus niños la manera de vestirse, de cepillarse los dientes, de atarse las agujetas, ponerse los zapatos, ir al baño, y cooperar en familia. A través de la confianza y ayuda que los padres ofrecen al niño permiten que este sea capaz de hacer cosas por sí mismo y para si mismo desarrollando en él cierta autonomía.

En lo afectivo la presencia de apegos múltiples y seguros prevalece, el niño comienza cada vez más a relacionarse con personas distintas a sus padres pero esto no le crea angustia o frustración ya que sabe que aunque no estén presentes estos le aman.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden realizar actividades como: abrazarlo, felicitar al niño ante algún logro que haya tenido por muy pequeño que parezca, comprenderlo y apoyarlo si no lo consiguió, besarlo antes de que este se vaya a dormir, y permitirle expresar sus sentimientos. Es de esta manera que el ambiente que crean los padres de calidez, amor y comprensión

permite al niño ir desarrollando amor hacia los demás y sobre todo a si mismo.

En lo somático el crecimiento físico del niño es rápido y el crecimiento del sistema neurológico es menor. Ante la presencia de enfermedades en el niño los padres se muestran tranquilos pero participan de manera activa para que se recupere la salud de este demostrándole su amor.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden desarrollar un ambiente de confianza a partir de la transmisión de su cariño, cuidado y apoyo a través de las caricias, besos, abrazos, palabras de aliento, y creando un ambiente de seguridad en que se esta desarrollando el niño. De esta manera los padres ofrecen a sus niños ambientes en los cuales se les permite desarrollarse de manera sana. Con lo anterior el niño disfrutará compartir con quienes le aman y sentirse parte de una familia.

En lo interpersonal el niño comienza a fijarse más en sus compañeros y a relacionarse menos con los adultos.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden apoyar en el niño lo anterior a través de reuniones familiares, con compañeros de la escuela, jugando con niños de su misma edad, cooperar en trabajos comunitarios y formar parte de algún equipo deportivo o cultural. Esto ayudara al niño a empezar a relacionarse con sus iguales, con otros adultos y sentirse seguro en el ambiente que esta al encontrarse cerca de sus padres.

Lo cognoscitivo se caracteriza por la disminución del egocentrismo por parte del niño pues este comienza a compartir con sus iguales y adultos.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden apoyar lo anterior a través de reuniones que organicen con compañeros de la escuela del niño, se pueden llevar a cabo juegos como: rompecabezas, carreras de costales, concurso de gallos, rally familiar, y deportes. De esta manera se le permite al niño a través de la creación de espacios lúdicos divertirse, cooperar y compartir.

PUBERTAD Y PREADOLESCENTE

(De los 6 a los 11)

En las características del desarrollo en el aspecto conductual el preadolescente se vuelve menos dependiente de sus padres, ya que realiza actividades sin ayuda de estos.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden apoyar la independencia del preadolescente permitiéndole que organice su cuarto, lo decore a su gusto, tenga una mascota a su cuidado, elija la comida de algún día de la semana y que sea el preadolescente el encargado de llevar el control de la actividad que realizarán los demás miembros de la familia. Lo anterior permite que el preadolescente sepa lo que es adquirir responsabilidades además de sentirse autónomo a partir de la confianza que depositan en el sus padres.

En lo afectivo el apego múltiple y seguro ha permitido que el preadolescente estable relaciones afectivas sanas con sus iguales y con personas mayores a él, desarrollando respuestas positivas en quienes lo rodean.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden fomentar relaciones afectivas sanas en el preadolescente a través de permitir expresar sus sentimientos, ya sea enojo, alegría, o tristeza, y ayudarle a identificar como se siente su

cuerpo con aquel sentimiento, escucharlo sin emitir algún juicio, dejar que se exprese cuando el lo crea conveniente, respetar su intimidad. A partir de la comprensión de los propios sentimientos el preadolescente podrá desarrollar la empatía hacia los que le rodean.

En lo somático el crecimiento del preadolescente continúa pero el ritmo de este es mucho más lento que en las etapas anteriores. Es así que la alimentación del preadolescente debe incluir los grupos de: cereales (avena trigo y arroz), leguminosas (fríjol, haba, lenteja, y garbanzo), frutas, verduras y alimentos de origen animal. Cuando se presentan enfermedades en el preadolescente sus padres crean un clima de confianza, apoyo y seguridad que beneficia la recuperación de su salud.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden crear un clima de apoyo y seguridad, a partir de las muestras de cariño como caricias, besos, abrazos, y la creación de un clima familiar caracterizado por la confianza y seguridad en el que el preadolescente es escuchado. De esta manera los padres ofrecen a sus hijos ambientes en los cuales se les permite desarrollarse de manera sana. Con lo anterior el preadolescente disfruta compartir con quienes le aman y sentirse parte de una familia.

Lo interpersonal está caracterizado porque el preadolescente se relaciona con sus compañeros pero continúa centrado en grupos de un solo sexo.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden apoyar lo anterior permitiendo al preadolescente que interactúe con niños de su misma edad, ya sea en juegos, en actividades deportivas, actividades culturales, reuniones con amigos, y reuniones en familia. A través de la interacción con iguales los padres dan la oportunidad al preadolescente de entrar en contacto con personas distintas a los miembros de la familia. Es así que el medio que rodea al preadolescente le permitirá desarrollar sus capacidades físicas y psicológicas.

En el aspecto cognoscitivo el preadolescente es capaz de percibir más de un aspecto de un objeto y puede servirse de la lógica para conciliar las diferencias. A partir de lo anterior el preadolescente puede organizar una nueva forma de pensar en torno a sus creencias y actitudes las cuales en su mayoría son transmitidas por sus padres o romper con estas y empezar a crear una forma nueva de pensar.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden organizar juegos familiares de destreza: manual, lógica, lecto-escritura, táctil y actividades deportivas, que ayuden al preadolescente ir creciendo en espacios lúdicos que les permitan estimular el desarrollo de sus capacidades físicas y psicológicas a través de la exploración del medio que los rodea.

ADOLESCENTE

(De los 12 a los 16)

En lo que concierne a las características del desarrollo en el aspecto conductual el adolescente puede llegar a presentar conductas de riesgo como: abuso de drogas o ingestión de alcohol, lo cual se deriva de la subestimación de resultados negativos, o elevación de estatus entre sus compañeros.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden evitar que el adolescente caiga en alguna conducta de riesgo a partir del clima familiar de amor, confianza, respeto, aceptación, escucha, y apoyo que hagan entorno al adolescente. Esto logra que el adolescente desarrolle una imagen positiva de sí mismo y sienta confianza en su capacidad de hacerse escuchar y querer por los demás.

En lo afectivo los adolescentes continúan recibiendo el influjo de su familia pero empieza a cobrar importancia el papel que juega la amistad en la satisfacción de necesidades emocionales como: afectividad, intimidad, confianza, lealtad, fiabilidad, reciprocidad, ayuda mutua y aceptación. El altruismo en el adolescente se presenta como consecuencia de las experiencias propias de cooperación en donde las obligaciones y ventajas quedan equilibradas.

Actividades promotoras del buen trato.

El altruismo lo pueden estimular los padres al incluir al adolescente en actividades de voluntariado, cooperación, asignación de responsabilidades, y desarrollo de la empatía permitiendo al adolescente expresar sus sentimientos ya sea de enojo, alegría o tristeza

ocasionados por cualquier situación. De esta manera el adolescente crece en un ambiente de confianza y respeto en el cual se sienta libre de expresar sus sentimientos para posteriormente comprender los de las demás personas.

En lo somático la hormona del crecimiento produce una aceleración del desarrollo que lleva al cuerpo hasta casi su altura y peso adulto en unos dos años. Este rápido crecimiento se produce antes en las mujeres que en los varones, indicando también que las primeras maduran sexualmente antes que los segundos. La madurez sexual en las mujeres viene marcada por el comienzo de la menstruación y en los varones por la producción de semen. Las principales hormonas que dirigen estos cambios son los andrógenos masculinos y los estrógenos femeninos. Estas sustancias están también asociadas con la aparición de las características sexuales secundarias. En los varones aparece el vello facial, corporal y púbico, y la voz se hace más profunda. En las mujeres aparece el vello corporal y púbico, los senos aumentan y las caderas se ensanchan.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden a través de la escucha, interés, comprensión, empatía y respeto, ir orientando al adolescente entorno a los cambios por los que tendrá que pasar y si lo consideran pertinente pueden contar sus experiencias en torno a esta etapa. La apertura de los padres hacia el adolescente permite que ellos se sientan comprendidos y se cree un ambiente de confianza por ambas partes.

En lo interpersonal el adolescente se relaciona principalmente con otros adolescentes y entabla relaciones heterosexuales con los mismos,

ANGÉLICA TÉLLEZ GÓMEZ

toma en cuenta las normas sociales de convivencia, así como valores, y hábitos de comportamiento.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden desarrollar relaciones interpersonales sanas en el adolescente a partir de la modelación del propio comportamiento por parte de los padres, así como la asistencia a reuniones familiares o sociales, la interacción del adolescente con personas del sexo contrario, el respeto y comprensión por las diversas opiniones. Esto permite que el adolescente, se sienta competente en sus habilidades sociales y desarrolle una imagen positiva de si mismo a partir de los lazos afectivos que entable con las demás personas.

Lo cognoscitivo en esta etapa se caracteriza por un mayor pensamiento abstracto y el uso de la metacognición, ambos aspectos ejercen un profundo influjo en el alcance y el contenido de los pensamientos del adolescente y en su capacidad para emitir juicios morales.

Actividades promotoras del buen trato.

Los padres pueden apoyar en esta etapa al adolescente a través de la creación de actividades como: ajedrez, deporte, lecturas, mesas de opinión en donde se comparta algún acontecimiento, para de esta manera crear una conversación en la cual se permita que el exprese su opinión entorno al evento y a su vez escuche la opinión de los demás miembros de la familia y posteriormente emita algún juicio. Con lo anterior además de aprender se le permite al adolescente expresar su opinión y desarrollar su tolerancia hacia los demás.

Comentarios

Ante el panorama mundial de violencia, desintegración familiar, abuso infantil y abandono, la implementación de un modelo familiar basado en las etapas de desarrollo de los hijos de padres competentes, serviría a los padres de guía para entender la manera como se van desarrollando sus hijos a si como la características que presentara el niño durante las diversas etapas de crecimiento por las que tendrá que atravesar. Además les permitiría conocer la importancia que desempeña el papel emocional en el desarrollo del niño aun antes del nacimiento y los beneficios que trae consigo el que ellos proporcionen una educación basada en la empatía, respeto y amor a sus hijos.

Con lo anterior los padres entenderían el compromiso que adquieren al procrear un hijo ya que procurarían no solo la satisfacción de necesidades básicas como lo es, alimentación, vestido, etc. Y sobre todo darían mayor importancia a las afectivas. De esta manera los progenitores se irían preparando antes del nacimiento para recibir al nuevo miembro de la familia, en un ambiente de amor, respeto, atención y cuidado que ayude al futuro hijo a desarrollarse de manera sana en lo afectivo y lo cognoscitivo.

Es así que los padres y la sociedad se darían cuenta de que la violencia no es el medio para criar niños y futuros adultos, responsables de si mismos y comprometidos con la sociedad.

C onclusiones

El medio influye sin duda en la formación personal del individuo principalmente durante los primeros años de vida ya que es cuando se forman las estructuras mentales y emocionales de interacción con uno mismo y con los demás, en este aspecto encontramos a la familia, la cual es un sistema en el que todos los miembros interactúan estableciendo relaciones duraderas; las acciones, cambios y eventos de cada miembro afectan al todo y viceversa.

Cuando en la familia se utiliza técnicas orientadas hacia el amor, crían hijos asertivos, colaborativos, no agresivos. Estas familias de padres competentes toman en cuenta a cada uno de sus miembros antes de realizar alguna acción. Estos padres son cuidadosos para deliberar y conversar calmadamente con sus hijos, son cariñosos, brindan apoyo, mantienen cierto control sobre la conducta de sus hijos y esperan que actúen con la mayor madurez que les sea posible. Si perciben que el hijo está equivocado, le indican cuál es la conducta que ellos esperan.

ANGÉLICA TÉLLEZ GÓMEZ

Aunque estos aspectos no son infalibles son pautas que permiten un buen desarrollo de los hijos. Sin embargo es importante señalar que cada persona cuenta con un potencial interno para guiar el desarrollo de su personalidad hacia las metas que ella misma decida.

Barudy y Dantagnan (2005) en su manera de concebir la educación de los niños han abierto un nuevo horizonte a través del cual se pretende rescatar la esencia y función de la familia. Surgiendo con ello en el mundo otra visión mucho más sabia en donde lo que se busca es una educación integral que pone énfasis en el desarrollo y potencialización de la calidad humana. Esta perspectiva nos lleva a pensar que decidir tener un hijo conduce al planteamiento de todo un nuevo proyecto de vida, porque no es solo darle alimento y cobijo, es educarlo, y educar va mucho más allá que enviarlo a una buena escuela, es darle calidad y cantidad de tiempo; es ayudarlo a valorar sus habilidades, conocer su personalidad e inteligencia; es comenzar a prepararlos para la vida, desde hoy proporcionándoles una infancia feliz.

El profesional de la psicología en el campo de las competencias parentales tiene una tarea muy ardua que realizar por medio de su intervención ya que a través de esta los padres pueden ser preparados desde etapas anteriores al nacimiento del niño para recibirlo con el conocimiento adecuado y que el niño requiere, no solo para el sobrevivir sino para vivir en un contexto sin violencia y procurar una infancia feliz. Así mismo cuando el maltrato infantil ya se haya presentado, pueda propiciar en los niños una conducta resiliente capaz de utilizar esa experiencia dolorosa como un aprendizaje que le permita romper con los esquemas del maltrato en el futuro tanto en su propia vida como en la de futuros hijos y así lograr una vida más plena.

Bibliohemerografía

Barudy, J. y Dantagnan, M. (2005). Los buenos tratos a la infancia. España: Gedisa.

Behrman, R. (2002). Compendio de pediatría. España: MacGraw-Hill.

Berger, K. (1997). El desarrollo de la persona desde la niñez a la adolescencia. España: Médica panamericana.

Chávez, E. (2004). Hijos geniales: 12 claves para potenciar las capacidades de tus hijos. México: Alfaomega.

Craig, G. (2001). Desarrollo psicológico. México: Pearson educación.

Corkille, D. (2004). El niño feliz. México: Gedisa.

Cyrułnik, B. (2001). Los patitos feos: la resiliencia una infancia infeliz no determina la vida. Madrid: Gedisa.

De la Fuente, R. (2003). Psicología médica. México: Fondo de Cultura Económica.

Ehrlich, M. (1999). Los esposos, las esposas y sus hijos. México: Trillas.

Eisenberg, N. (1999). Infancia y conducta de ayuda. Madrid: Morata.

Gómez, S. (1998). Maltrato infantil: un problema multifacético. Revista Latinoamericana de Psicología. 20 (2), 149-161.

Kempe, R. y Kempe, C. (1996). Niños maltratados. Madrid: Morata.

Kotliarenko, M; Cáceres, I. y Fontecilla, M. (1997). Estado de arte en resiliencia. Características psicosociales de los niños resilientes. Disponible: <http://resilnet.vivic.edu/library/resilman/resilman.html>. Recuperado el 30 de agosto de 2005.

Lissaver, T. y Clayden, G. (2003). Texto ilustrado de pediatría. España: Mosby.

Loredo, A. (1994). Maltrato al menor. México: MacGraw-Hill.

Meneghellor y Martínez. (2000). Psiquiatría y Psicología de la infancia y adolescencia. Argentina: Panamericana.

Montero, E. (2001). La familia una aventura. México: Alfaomega.

Osorio, R. (2001). Orden sentido y significado como indicador de resiliencia en el juego de niños institucionalizados. Disponible en: www.iñustrados.com/publicaciones/EpyuyAEFEFLzpVPmnoj.php. Recuperado el 30 de agosto de 2005.

Papalia, D. (2001). Psicología del desarrollo. México: MacGraw-Hill.

Ramos, M. (2004). Revista del hospital general de agudos. Disponible en: [http:// www.ramosmejia.org.ar](http://www.ramosmejia.org.ar). Recuperado el 28 de agosto del 2005.

- Rego, A. (1998). Manual de psiquiatría infantil. España: Tory Masson S.A.
- Robertiello, R. (1990). Abrázalos estrechamente y después... déjalos ir. México: Diana.
- Rodrigo, M. y Palacios, J. (1998). Familia y desarrollo humano. México: Alianza.
- Secadas, F. y Barbera, E. (1990). Psicología evolutiva 6 años. España: CEAC.
- Shaffer, D. (2002). Psicología del desarrollo. México: Thomson Editores.
- Snyders, G. (1998). No es fácil amar. Barcelona: Gedisa.
- Staseen. (1997). El desarrollo de la persona desde la niñez a la adolescencia. España: Medica panamericana.
- Tucker, N. (1999). ¿Qué es un niño?. Madrid: Morata.

UNICEF, (2006). Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.
Disponibile en: <http://www.unicef.org./spanish/>. Recuperado el 18 de octubre del 2005.

Valdés, V. (2005). Relaciones humanas: del nosotros al yo. México:
Pearson Prentice Hall.

Valenzuela. (1993). Manual de pediatría. México: MacGraw-Hill.

Vanistendael, S. y Lecomte, J. (2003). La felicidad es posible. España:
Gedisa.

Yablonsky. (1993). Padre e hijo, la más desafiante de las relaciones.
México: Manual moderno.

Yllingworth, R. (2000). El niño normal problema de los primeros años de
vida y su tratamiento. México: Manual moderno.